

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
DEPARTAMENTO DE DRAMA

CASA CON DOS PUERTAS, MALA
ES DE GUARDAR

Calderón de la Barca

PERSONAJES

DON FELIX	galán
LISARDO,	galán
FABIO,	viejo
CALABAZAS,	lacayo
HERREDA,	escudero
LAURA,	dama
MARCELA,	dama
SILVIA,	criada
CELIA,	criada
LELIO,	criado
CRIADOS	

Calderón de la Barca

La escena pasa en Ocaña

Seminario Multidisciplinario
José L. Lugo González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PR

1306557

JORNADA PRIMERA

ESCENA I

Campo a la entrada de la villa

MARCELA Y SILVIA, con mantos, como recelándose; detrás,
LISARDO, CALABAZAS

MARCELA. ¿Viene tras nosotras?

SILVIA. SI.

MARCELA: Pues párate. -Caballeros, desde aquí habéis de volveros, no habéis de pasar de aquí; porque si intentáis así saber quién soy, intentáis que no vuelva donde estáis otra vez; y si esto no basta, volveos porque yo os suplico que os volváis.

LISARDO: Dificilmente pudiera conseguir, señora. el Sol que la flor del girasol su resplandor no siguiera: Dificilmente quisiera el Norte, fija luz clara, que el imán no le mirara; y el imán difícilmente intentara que obediente el acero le dejara. Si Sol es vuestro esplendor, girasol la dicha mía; si Norte vuestra porfía, piedra imán es mi dolor; si es imán vuestro rigor, acero mi ardor severo; pues ¿cómo quedarme espero, cuando veo que se van mi Sol, mi Norte y mi imán, siendo flor, piedra y acero?

MARCELA: A esa flor hermosa y bella términos el día concede, bien como a esa piedra puede concederlos una estrella: y pues él se ausenta y ella, no culpeis la ausencia mía, decid a vuestra porfía, piedra, acero o girasol que es de noche para el Sol, para la estrella de día. Y quedaos aquí, porque si este secreto apuráis, y a saber quién soy llegáis, nunca a veros volveré a aqueste sitio, que fue campaña de nuestro duelo; y puesto que mi desvelo me trae a veros aquí, créed de mí que importa así.

LISARDO: De vuestro recato apelo, señora, a mi voluntad; y supuesto que sefía no seguimos cortesía, también será necedad. Necio o descortés, mirad cual mayor defecto es; veréis que el de necio, pues no se enmienda; y así, a precio de no ser, señora, necio, tengo de ser descortés. Seis auroras esta aurora hace que en este camino ciego el amor os previno, para ser mi salteadora: tantas ha que a aquella hora os hallo a la luz primera, oculto Sol de su esfera, de su campo rebozada ninfa, deidad ignorada de su hermosa primavera. Vos me llamasteis, primero que a hablaros llegara yo; que no me atreviera, no, tan de paso y forastero. Con estilo lisonjero, áspid ya de sus verdores; no deidad de sus primores,

- desde entonces fuisteis; pues áspid, que no deidad, es quien da muerte entre las flores. Dijistésme que volviera otra mañana a este prado, y puntual mi cuidado me trajo como a mi esfera. No adelanté la primera ocasión; porque bastante no fue mi ruego constante a que corriese la fe (que adora lo que no ve) ese velo de delante. Viendo, pues, que siempre es nuevo el riesgo, y el favor no, quiero a mí deberme yo lo que a vuestra luz no debo; Y así a seguimos me atrevo, que hoy he de veros o ver quién sois.
- MARCELA: Hoy no puede ser, y así dejadme por hoy; de que muy presto saber podáis mi casa, y entrar a verme en ella.
- CALABAZAS: (A SILVIA.) ¿Y a ella, doncella de esa doncella (La verdad en su lugar, que yo no quiero infernar mi alma), hay cosa que la obligue a taparse?
- SILVIA: Y si me sigue, tenga por muy cierto...
- CALABAZAS: ¿Qué?
- SILVIA: Que me persigue; porque quien me sigue, me persigue.
- CALABAZAS: ¡Ya sé el caso, vive Dios!
- SILVIA: ¿Qué va que no le declaras?
- CALABAZAS: Muy malditísimas caras debéis de tener las dos.
- SILVIA: Mucho mejores que vos.
- CALABAZAS: Y está bien encarecido porque yo soy un cupido.
- SILVIA: Cupido somos yo y tú.
- CALABAZAS: ¿Cómo?
- SILVIA: Yo el pido, y tú el cu.
- CALABAZAS: No me está bien el partido.
- MARCELA: (A LISARDO.)
Esto os vuelvo a asegurar otra vez.
- LISARDO: Pues ¿qué fianza le dejáis a mi esperanza de las dos que he de lograr?
- MARCELA: (DESCUBRESE.)
La de dejarme mirar.
- LISARDO: Usar de esa alevosía para turbar mi osadía, ha sido traición, pues ya viendos, ¿cómo os dejará quien sin veros os seguía?
- MARCELA: Quedad, pues, de mí seguro, que en breve tiempo sabréis mi casa, y entenderéis cuánto serviros procuro. Esto otra vez aseguro.
- LISARDO: Ya en seguimos soy de hielo.
- MARCELA: Y yo sin algún recelo, de que agradecida estoy, por esta calle me voy.
- LISARDO: Id con Dios.
- MARCELA: Guídeos el cielo. (VANSE LOS DOS.)

ESCENA II

Lisardo, Calabazas

- CALABAZAS: ¡Linda tramoya, señor! Sigámosla, hasta saber quién ha sido una mujer tan embustera.
- LISARDO: Es error, Calabazas, si en rigor ella se recata así, seguirla.
- CALABAZAS: ¿Eso dices?
- LISARDO: Sí.
- CALABAZAS: Vive Dios, que la siguiera yo, aunque hasta el infierno fuera.
- LISARDO: ¿Qué me debe, necio, di, de haber cuatro días hablado conmigo en este lugar, para darla yo un pesar de quien ella se guardado?
- CALABAZAS: Debe el haber madrugado estos días.
- LISARDO: Ya que estamos solos, y que así quedamos, sobre lo que podrá ser tan pecatada mujer, discurremos.
- CALABAZAS: Discurremos. Dime tú, ¿qué has presumido, de lo que has visto y notado?
- LISARDO: De estilo tan bien hablado, de traje tan bien vestido, lo que he pensado y creído es, que ésta debe de ser alguna noble mujer, que, donde no es conocida, disimulada y fingida gusta de hablar y de ver, y por forastero a mí para este efecto eligió.
- CALABAZAS: Mucho mejor pienso yo.
- LISARDO: Pues no te detengas, di.
- CALABAZAS: Mujer que se viene así a hablar con quien no la vea, donde ostentarse desea bachillera e importuna, que me maten si no es una muy discretísima fea, que por el pico ha querido pescarnos.
- LISARDO: ¿Y si la hubiera visto yo, y un ángel fuera?
- CALABAZAS: ¡Vive Dios, que me has cogido! La Dama Duende habrá sido, que volver a vivir quiere.
- LISARDO: Aun bien, sea lo que fuere, que mañana se sabrá.
- CALABAZAS: ¿Luego crees que vendrá mañana?
- LISARDO: Si no viniere, poco o nada habrá PERDIDO la necia esperanza mía.
- CALABAZAS: El madrugar otro día poca pérdida habrá sido?
- LISARDO: El negocio a que he venido a madrugar me ha obligado; no lo debo a este cuidado
(Vanse)

ESCENA III

Sala en casa de don Félix

No os espante ser por la tarde y al alba; que con prestados celajes, si bien me acuerdo, aquel día amaneció por la tarde. Este, pues, como otros muchos, por divertirme y holgarme salí a caza, y empeñado llegué de un lance a otro lance al real sitio de Aranjuez, que, como poco distante está de Ocaña, él es siempre nuestro prado y nuestro parque. Quise entrar a sus jardines, sin saber qué me llevase a ver lo que tantas veces había visto; que esto es fácil todo el tiempo que no asisten al sitio sus Majestades. En el de la isla entré... ¡oh cómo, Lisardo, sabe la desdicha prevenirse, el daño facilitarse! Pues como la mariposa, que halagüeñamente hace tornos a su muerte, cuando sobre la llama flamante las alas de vidrio mueve, las hojas de carmín bate; así el infeliz, llevado de su desdicha al examen, ronda el peligro, sin ver quién al peligro le trae. Estaba en la primer fuente (que es un peñasco agradable, donde temiendo el diluvio de sus cruzadas cristales, parece que van viniendo a él todos los animales) una mujer recostada en la siempre verde margen de murta, que la guarnece como cenefa o engaste de esmeralda, a cuyo anillo es toda el agua diamante. Tan divertida en mirar su hermosura en el estanque estaba, que puse duda sobre si es mujer o imagen; porque como ninfas bellas de plata bruñida hacen guarda a la fuente, tan vivas, que hay quien espere que hablen, y ella miraba tan muerta, que no pudo esperar nadie que se pudiese mover, la naturaleza al arte me pareció que decía:

"No blasones, no te alabes de que lo muerto desmientes con más fuerza en esta parte, que yo desmiento lo vivo; pues en lo contrario iguales, sé hacer una estatua yo, si hacer tú una mujer sabes; o mira un alma sin vida, donde está con vida un jaspe." Al ruido que entre las hojas hice (ay de mí!) por llegarme a mirarla de más cerca, del éxtasis agradable (¡No fuese de amor!) volvió con algún susto a mirarme. No me acuerdo si la dije que ufana no contemplase tanta beldad, por el riesgo de ser de sí misma amante; que donde hubo ninfa y fuente, no fue posible escaparme del concepto de Narciso. Ella, honestamente grave, sin responderme volvió la espalda, y siguió el alcance de una tropa de mujeres, que andaba más adelante, midiendo de los jardines ya los cuadros, ya las calles, hasta que su pie llegó a hacer a todos iguales; porque al pequeño contacto, flores produjo fragantes tantas la arena, que ya no pudo determinarse si era calles, o era cuadros el jardín por todas partes; pues fueron rosas después, las que eran veredas antes. El traje que se vestía era un bien mezclado traje, ni bien de corte, ni bien de aldea, sino a mitades, de señora en el aliño, de aldeana en el donaire. En un airoso sombrero llevaba un rico plumaje, a quien truvieron acción la tierra después y el aire, por el matiz o la pluma sobre si era flor o ave. Seguila hasta que llegó a la cuadrilla, que errante coro tejido de ninfas, a los templados compases de hojas, pájaros y fuentes, sonoramente suaves, cada paso era un festín, cada p desuido era un baile. A todas las conocía, en fin como naturales de Ocaña, y sólo ignoré quién era de mis pesares la ocasión; que ya lo era, porque desde el mismo instante que la vi, sentí en el alma todo lo que hoy siento. Nadie diga que quiso dos veces;

que

que aunque aquí mire, allí hable, aquí festeje, allí escriba, aquí pierda y allí alcance, no ha de querer más que una; que no pueden ser iguales en el mundo dos efectos, si de una causa no nacen. De algunas de las que iban con ella, pude informarme de quién era, y hallé en ella más calidad por su sangre que por su beldad. La causa de no haberla visto antes, fue por haberse criado en la corte con su padre. Hasta que a Ocaña se vino, porque viva donde mate. No os digo que la serví feliz y dichoso amante, porque dichas que se pierden son las desdichas más grandes; sólo digo que obligada a mis finezas constantes, a mis servicios corteses y a mis afectos leales, merecí que alguna noche por una reja me hablase de un jardín, donde testigos fueron de venturas tales la noche y jardín, que sólo a los dos quise fiarme: porque al jardín y a la noche, que son el vistoso alarde, ya de flores, ya de estrellas, hiciera mal de negarles, a las unas lo que influyen, y a las otras lo que saben; puesto que estrellas y flores siempre en amorosas paces, enlazadas unas de otras eran terceras de amantes. Desta suerte, pues, teniendo la fortuna de mi parte, viento en popa, del amor corrí los inciertos mares, hasta que el viento mudado levantaron huracanes de una tormenta de celos, montes de dificultades. Tormenta de celos dije: ved, si alguna vez amasteis, ¿qué esperanza hay del piloto?, ¿qué seguro de la nave? Bien creréis, Lisardo, bien, cuando así escuchéis quejarme de los celos, que soy yo quien los tiene: no es engane el afecto de sentirlos desta suerte; porque antes soy quien los he dado, y ellos son en sus efectos tales, que me matan dados, como tenidos pueden matarme. ¡Oh! ¿A qué nacen los que a ser dados ni tenidos nacen? Hay una dama en Ocaña, a quien yo rendido amante festejé un tiempo; ésta, pues, por darme muerte y vengarse, se ha declarado con ella, fingiendo finezas grandes que a mi amor debe. ¡Ay, Lisardo, qué prontamente, qué fácil en los celos las mentiras sientan plaza de verdades! Con esto se ha retirado tal, que aun para disculparme no permite que la vea, no me deja que la hable. Miread, pues, si este cuidado consentirá que descanse, cercado de tantas penas, cargado de tantos males, muerto de tantos disgustos, lleno de tantos pesares; y finalmente teniendo sin culpa ofendido a un ángel, pues el paderer sin culpa, es la desdicha más grande.

LISARDO: Don Félix, aunque los celos, de quien así os quejáis, basten a dar pesadumbre dados, en no ser tenidos traen anticipado el consuelo que el dolor es tan distante desde darlos a tenerlos, cuando ha de ser un amante la persona que padece, o la persona que hace. Con lástima empecé a oíros cuando los celos nombrasteis; mas cuando dijisteis que eran engaños y no verdades, la lástima se hizo envidia; porque no hay gusto tan grande cuando hay desengaño, como hacer damas y galanes, o paces para reñir, o reñir para hacer paces. Id a ver a vuestra dama, que yo sé, aunque más se guarde, pues ella tiene los celos, que ella está en aqueste instante, más que vos desengañarla, deseando desengañarse.

ESCENA V

MARCELA Y SILVIA, abriendo una puerta, que estará cubierta con una antepuerta, y quedándose detrás de ella.
Lisardo, Don Félix

- MARCELA: (Ap. a Silvia.)
Por esta puerta, que al cuarto de mi hermano, Silvia, sale desde el mío, a verle vengo; porque aunque él esté ignorante, de que he salido hoy de casa con esto he de asegurarle.
- SILVIA: Detente, que está con él el tal huésped, y ya sabes que no quiere mi señor que llegue a verte ni hablarte.
- MARCELA: Y aun ésa fue mi desdicha. Oigamos desde esta parte.
- LISARDO: Y si en tanto que este gusto llega, queréis que yo trate de divertirlos, pues fue concierto que os escuchase un cuidado, y que os dijese el mío, oídme, escuchadme.
- MARCELA: Oye.
- LISARDO: Después que troqué el hábito de estudiante al de soldado, la pluma a la espada, la suave tranquila paz de Minerva al sangriento horror de Marte, la escuela de Salamanca a la campaña de Flandes, y después, en fin, que hube (sin valedor que me ampare) merecido una jineta, premio a mis servicios grande, por haberme reformado entre otros capitanes, ya la campaña acabada (que no me viniera antes), pedí licencia, y partí a España, por ver si honrarme merezco el pecho con una de las cruces militares, que sobre el oro del alma, son el más noble realce. Con esta pretensión vine, y su Majestad, que guarde el cielo para que sea Fénix de nuestras edades, remitió mi memorial, a tiempo que a desahogarse de molestias cortesanas vino a Aranjuez, a dmirable dosel de la primavera. Mas ¿qué mucho que se alabe de serlo, si la más bella, la más pura, más fragante flor, la flor de lis, la reina de las flores, tras sí trae cuantas a envidia del Sol rayos brillan, luz esparcen? Seguí la corte, traído más de mi afecto constante que de mi necesidad; porque de ministros tales hoy el rey se sirve, que no es al mérito importante la asistencia, porque todos acudir a todo saben; gracias al celo de aquél, con quien el peso reparte de tanta máquina, bien como Alcides con Atlante. Llegué en efecto a Aranjuez, donde vos me visitasteis en una posada, y viendo tan incómodo hospedaje como tienen en los bosques escuderos y pleiteantes, que me viniese con vos a Ocaña me aconsejasteis; pues los días de la audiencia, dos leguas era tan fácil andarlas por la mañana, y volverlas por la tarde. Yo, por vuestro gusto, más que por mis comodidades, obedecí. Todo esto ya vuestra amistad lo sabe; pero importa haberlo dicho, para que de aquí se enlace la más extraña novela de amor, que escribié Cervantes.
- MARCELA: (Ap.)
Aquí entro yo ahora.
- LISARDO: Un día, que madrugué vigilante, por llegar antes que el Sol nuestro horizonte rayase, junto a un convento que está de Ocaña poco distante, entre unos álamos verdes vi a una mujer de buen aire. Saludéla cortésmente, y ella, antes que yo pasase, por mi nombre me llamó. Volví en oyendo nombrarme, y diciendo a Calabazas que con el rocín me aguarde, llegué diciendo: "¡Dichoso el forastero, a quien saben su nombre las damas!" Y ella, con más cuidado en taparse, me respondió a media voz:

"Caballero de esas partes no es forastero en ninguna." Y añadió favores tales, que me obliga la vergüenza por mí mismo, a que los calle; porque no sé cómo hay hombres tan vanos, tan arrogantes, que de que ha bahido mujeres que los buscaron se alaben.

SILVIA: (Ap.) El cuenta nuestro suceso.

MARCELA: ¡Oh, quién pudiera estorbarle, antes que en Félix las señas alguna malicia causen!

DON FELIX: Proseguid.

LISARDO: Ella, en efecto, siempre embozado el semblante, me despidió con decirme que como no examinase quién era, ni la siguiese, otro día estaría a hablarme. Seis veces, pues, corrió al Sol las cortinas orientales sumiller el alba, y seis tapada hallé entre unos sauces esta mujer. Yo, enfadado de recato semejante, determiné de seguirla hoy cuando a Ocaña tornase; pero no pude, porque volviendo ella por instantes, me vio, y no quiso pasar de la vuelta desta calle.

DON FELIX: ¿Desta calle?

LISARDO: Ya la cuenta vive hacia aquí, que al instante la perdí de vista, Aquí me dijo que la dejase otra vez, porque su vida aventuraba mi examen.

DON FELIX: ¡Extraña mujer!

MARCELA: (Ap.) Ya es fuerza que las señas me declaren.

DON FELIX: Proseguid.

LISARDO: Yo, pues...

ESCFNA VI

CELIA, con manto. Dichos.

CELIA: Don Félix, ¿podrá una mujer aparte hablaros?

DON FELIX: ¿Pues por qué no?

MARCELA: (Ap.) ¡Oh, a qué buen tiempo llegaste, mujer o angel, para mí!

DON FELIX: Luego irá el cuento adelante: permitid ahora, por Dios, que con esta mujer hable, que es criada de la dama que os dije.

LISARDO: Pues que me maten, si ello no es lo que yo he dicho. Ved el recado que os trae, y adiós; porque para estotro no importa que tiempo falte.

(VASE.)

DON FELIX: ¡Fra hora de vernos, Celia!

CELIA: No te admires ni te espantes que no me atreva a venir a verte; porque si sabe mi señora que te he visto, no habrá duda que me mate.

DON FELIX: ¿Tan cruel conmigo está?

- CECILIA: Viendo yo hacia esta parte a un recado, no he querido dejar de verte y hablarte,
- DON FELIX: ¿Y qué hace tu hermoso dueño?
- CELIA: Sentir, es lo más que hace, tu ingratitud.
- DON FELIX: ¡Plegue a Dios, si la ofendí, que él me falte!
- CELIA: ¿Por qué a ella no se lo dices?
- DON FELIX: Porque no quiere escucharme.
- CELIA: Si tú hubieras de callar, yo me atreviera a llevarte donde la hablaras.
- DON FELIX: ¡Ay, Celia, no habrá mármol que así calle!
- CELIA: Pues vente ahora conmigo: yo haré una seña si sale mi señor, y dejaré la puerta abierta; tú entrarte hasta su cuarto podrás.
- DON FELIX: Dásme nuevo aliento, dásme nueva vida.
- CELIA: Aquesta es la hora mejor: mas no aguardes, vente tras mí.
- DON FELIX: Tras tí voy.
- CELIA: (Ap.) ¡Ay, bobillos, y qué fácil, a la casa de su dama, es de llevar un amante!
(Vanse don Félix y Celia.)
- MARCELA: ¡Ya salí de lindo susto!
- SILVIA: Pues ¿cómo afirmas que sales, si luego han de verse luego proseguirá el cuento?
- MARCELA: Antes lo habré remediado.
- SILVIA: ¿Cómo?
- MARCELA: Escribiéndole que calla hasta que se vea conmigo; y esto ha de ser esta tarde.
- SILVIA: ¿Declarada por quién eres?
- MARCELA: ¡Jesús, el cielo me guarde!
- SILVIA: Pues ¿qué has de hacer?
- MARCELA: ¿No es mi hermano de Laura, mi amigo amante? ¿No sabe lo que es amor? Pues hoy he de declararme con ella, y hoy has de ver, Silvia, el más extraño lance de amor, porque yo fingida... Pero no quiero contarte; que no tendrá después gusto el paso, contado antes.

VANSE.)

ESCENA VII

Casa de Fabio

LAURA, FABIO

FABIO: Notable es la tristeza, que el rosicler turbó de tu bellez. ¿Qué tienes estos días, que entregada lay de mí! a melancolías tales, a todas horas triste suspiras, y rendida llora?

LAURA: Si yo, señor, supiera la causa de mi mal (AP. A DIOS PLUGUIERA NO LA SUPIERA TANTO). el consuelo mayor, menor el llanto fuera, pues fuera entonces el sabella el primer aforismo de vencella. Pero la pena mía es, señor, natural melancolía, y así el efecto hace, sin que llegue a saber de lo que nace; que esta distancia dio naturaleza en la melancolía y la tristeza. No sé lo que te diga, sino que a tanto tu dolor obliga, que riguroso y fuerte padeces tú el dolor, y yo la muerte; pues ya vivir no espero, mientras tan triste a ti te consider.

(VASE.)

ESCENA VIII

LAURA

¿Qué haré yo, que rendida, a pesar de mi vida, vivo? ¡Qué es esto, cielos? Más bien se deja ver que éstos son celos; porque una ardiente rabia que el sentimiento agravia, una rabiosa ira que la razón admira, un compuesto veneno de que el pacho está lleno, una templada furia que el corazón injuria; ¿qué aspid, qué mon struo, qué animal, qué fiera, fuera, Dios!, que nõ fuera, compuesta de tan varios desconsuelos la hidra de los celos? Pues ellos solos son a quien los mira, furia, rabia, veneno, injuria y ira. ¡Oh, quién antes supiera aquella voluntad, Félix, primera tuya, que no empeñara tanto la mía, que hasta el fin llegara! Pues aunque no sabía de amor, cuando tan libre (lay Dios!) vivía, tampoco no ignoraba, que tarde o nunca el que lo fue se acaba. Quiere a Nise en buen hora, pero déjame a mí morir.

ESCENA IX

CELIA, LAURA

CELIA: Señora.

LAURA: Celia, ¿qué hay?

CELIA: Qué he hecho mi papel, y sospecho que no muy mal, ¡así tu beldad viva! Entre en su casa, díjele que iba a un recado, y que acaso pasando por su calle, aunque de paso le quise ver. Con un suspiro entonces que ablandara los mármoles y bronces me preguntó por ti, turbado y ciego. Encarecile luego tu enojo, y que si acaso tú supieras que le había ido a ver, muerte me dieras; y como que salía de mí, le dije: ¿por qué no venía por un instante a darte satisfacciones y desenojarte? Dijo, que porque estabas tal, que no le escuchabas: díjele, que viniera, que yo, aunque a tanto riesgo me pusiera, hasta tu mismo cuarto le entraría, con tal que no dijese en algún día que yo le había traído. Juró el secreto, y muy agradecido el caso se convierte, y está esperando enfrente de la puerta la seña; váila a hacer, pues no está en casa mi señor. Esto es todo lo que pasa.

LAURA: Llámeme, pues; que aunque de Nise creo los celos que me da, tanto deseo ver cómo se disculpa, que quiero hacerle espaldas a la culpa:

(VASE CELIA.)

pues la que más celosa se muestra, más colérica y furiosa, más entonces desea satisfacciones, aunque no las crea; que es dolor el de celos tan extraño, que se deja curar aun del engaño: pues cuando el desengaño: pues cuando el desengaño no consiga, conseguiré a lo menos que él lo diga.

ESCENA X

CELIA, DON FELIX, LAURA

CELIA: (AP. A DON FELIX.)

Fuera está de casa Fabio, mi señor; el tiempo es este mejor para entrar a hablarla.

DON FELIX: Vida y ventura me ofreces.

celia: Disimula que llamado de mí a entrar aquí te atreves ¿Señor don Félix, qué es esto? ¿Cómo os entráis...?

DON FELIX: Celia, tente.

CELIA: ¿Hasta aquí?

DON FELIX: Celia, por Dios, que calles.

LAURA: ¿Qué ruido es ése?

CELIA: ¿Qué ha de ser? Que hasta esta sala se ha entrado el señor don Félix, sin mirar, sin advertir, que si acaso ahora viniese mi señor, tú...

LAURA: ¿Caballero, pues qué atrevimiento es éste? ¿Cómo en mi casa, en mi cuarto, os entráis de aquesta suerte?

DON FELIX: Como quien morir desea nada mira, nada teme; y si mi muerte ha de ser venganza de tus desdenes, quiero morir a tus ojos. por hacer feliz mi muerte.

LAURA: (A CELIA.)
Tú tienes la culpa desto.

CELIA: ¿Yo, señora?

LAURA: Si tuvieses cerrada esa puerta tú...

CELIA: Cerrada estaba.

DON FELIX: No tienes que reñir a Celia, que ella de mi error, ¿qué culpa adquiere? Yo solo tengo la culpa; riñeme a mí solamente; castígame sólo a mí, sino es ya que a reñir llegues a Celia, por la costumbre con que la inocencia ofendes.

LAURA: Dices bien; error es mío de que me he dejado siempre llevar, pues no habiendo tú escrito a Nise papeles no habiendo ella ido a verte a la tuya, yo cruel colérica e impaciente, inocente te persigo, que eres tú muy inocente. Y siendo así, que yo soy tan desigual, tan aleve, tan injusta, tan mudable ¿qué me buscas?, ¿qué me quieres?

DON FELIX: Sólo quiero persuadirte al engaño que padeces de tus celos.

LAURA: ¿Quién te ha dicho que yo tengo celos, Félix?

DON FELIX: Tú misma te contradices.

LAURA: ¿De qué suerte?

DON FELIX: Desta suerte. O tienes celos, o no: si dices que no los tienes, ¿para qué finges enojos, Laura, de lo que no sientes? Si los tienes, ¿POR QUÉ? Laura, desengañarte no quieres, pues ninguno al desengaño celoso la espalda vuelve? Luego para disculparme, o para satisfacerte, si los tienes, has de oírme, o hablarme si no los tienes.

LAURA: Si fuera argumento tal, que negarse no pudiese, quien está enojada está celosa, muy sutilmente arguyeras; mas si no se sigue precisamente pues puedo estar enojada sin que a estar celosa llegue, ni yo tengo que escucharte, ni tú que decirme tienes.

DON FELIX: Pues, vive Dios, que has de oírme antes que de aquí me ausente, celosa o quejosa.

LAURA: ¿Iraste si te oigo?

DON FELIX: Sí.

LAURA: Pues di, y vete.

DON FELIX: Negarte que yo he querido, Laura, a Nise...

LAURA: Oye, detente. ¿Y es estilo de obligarme, modo de satisfacerme, decirme, cuando aguardaba mil rendimientos corteses, mil finezas amorosas, fuesen verdad o no fuesen, que hay duelos de amor, adonde queda bien puesto el que miente, decirme en mi misma cara que a Nise has querido? Advierte que con lo mismo que piensas que desenajas, ofendes.

DON FELIX: Si no me oyes hasta el fin...

LAURA: ¿de esto de disculparte puedes?

DON FELIX: Sí.

LAURA: (Ap.)
¡Plegue a amor!

DON FELIX: Oye, pues.

LAURA: ¿Iraste?

DON FELIX: Sí.

LAURA: Pues di, y vete.

DON FELIX: Negarte que yo he querido, Laura, a Nise, fuera error; mas pensar tú que este amor es como el que te he tenido, mayor error, Laura, ha sido; pues si a Nise un tiempo amé, no fue amor, ensayo fue de amar tu luz singular, que, para saber amar a Laura en Nise estudié.

LAURA: A ciencias de voluntad las hace el estudio agravio; pues amor, para ser sabio, no va a la universidad; porque es de tal calidad, que tiene sus libros llenos de errores propios y ajenos; a así en su ciencia verás que los que la cursan más, son los que la saben menos.

DON FELIX: Pues explicame mejor otro ejemplo: nace ciego un hombre, y discurre luego cómo será el resplandor del Sol, planeta mayor, que rumbos de zafir gira; y cuando por fe le admira, cobra en una noche bella la vista; y es una estrella la primer cosa que mira. Admirando el tornasol de la estrella, dice: "Sí, éste es el Sol; que yo así tengo imaginado al Sol." Pero cuando su arrebol tanta admiración le ofreee, sale el Sol y le oscurece, Pregunto yo: ¿ofenderá una estrella, que se va, a todo un Sol que amanece? Yo así que ciego vivía de amor, cuando no te amaba, como ciego imaginaba cómo aquel amor sería: adoraba lo que vía, presumiendo que era así el amor; mas, ¡ay de mí! que no vi al Sol, vi una estrella, y entretúveme con ella, hasta que el Sol mismo vi.

LAURA: Eso no: pues si me doy por entendida contigo, que yo su estrella soy. Pruébolo: pues si yo estoy contigo la noche fría, y ella de día te envía a llamar, y estás con ella, ¿quién será el Sol o la estrella?, ¿quién será el Sol o la estrella?, ¿cuya es la noche e el día?

DON FELIX: ¡Vive Dios, Laura, que son engaños tuyos, y plegue al cielo, que si la he visto, que un rayo me dé la muerte, desde que a Ocaña viniste! ¿Qué más desengaños quieres de lo que cuenta de mí, que escuchar que ella lo cuenta; pues es el mayor desaire del duelo de las mujeres, confesar sus celos, donde lo escucha de quien los tiene?

LAURA: Yo sé que han sido verdades y no engaños aparentes.

DON FELIX: ¿De qué lo sabes?

LAURA: De quees mal que a mí me sucede, y no puede ser mentira: porque de los males suele decirse, Félix, que fueron astrólogos, excelentes, porque siempre adivinaron, y dijeron verdad siempre.

DON FELIX: Por lo menos ya confieses que son celos, y los sientes.

LAURA: ¿Si me estás dando tormento, es mucho que los confiese?

DON FELIX: Si tanto aprietan fingidos, ciertos, ¿qué...?

CELIA: Mi señor viene.

LAURA: Vete por aquesta puerta de esotro cuarto, pues tiene puerta a la callo.

DON FELIX: Dí, ¿cómo quedamos?

LAURA: Como quisieres.

DON FELIX: Yo quezré desenojada...

LAURA: A verme esta noche vuelve, que quiero verte esta noche, aunque de Nise me acuerde.

DON FELIX: ¡Ay, Laura, cuánto te engañas!

LAURA: ¡Ay, cuánto me agravias, Félix!

CELIA: ¡Ay! cuánto no sirve una casa que dos puertas tiene!

JORNADA SEGUNDA

Escena I

LAURA, CELIA por una puerta, y por otra MARCELA Y SILVIA CON
MANTOS? HERRERA

LAURA: Tú seas muy bien venida a esta casa.

MARCELA: Y tú seas, amiga, muy bien hallada.

LAURA: Con tal visita, ya es fuerza que lo esté.

MARCELA: Yo pienso antes que te has de hallar mal con ella. que vengo a darte cuidado.

LAURA: Yo le tengo, hasta que sepa en qué te puedo servir. Llega aquesas sillas, Celia, que así estaremos mejor que en el estrado.

HERRERA: Quisiera saber a qué hora vendré.

MARCELA: Al anochecer, Herrera, podrá venir.

HERRERA: El sereno a esa hora tiene más fuerza.

MARCELA: Mi amiga eres, Laura hermosa, a quien dio naturaleza noble sangre, claro ingenio; ¿pues de quién con más certeza me fiaré, que de quien es mi amiga, noble y discreta?

LAURA: Con tan grandes prevenciones la proposición empiezas, que ya; más que tú decirla, estoy deseando saberla.

MARCELA: ¿Estamos solas?

LAURA: Sí estamos. - Celia, salte tú allá fuera.

MARCELA: No importa que Celia lo oiga.

LAURA: Prosigue, pues.

MARCELA: Oye atenta. Mi hermano don Félix, Laura, por la amistad que profesan él y un noble caballero desde sus edades tiernas, le trajo a casa estos días, que Aranjuez, sagrada esfera del cuarto Felipe, cifra la luz del cuarto planeta. Este hospedaje en efecto fue con tan vana advertencia, que para traerle a casa la primer cosa que ordena es, que retirada yo a un cuarto pequeño della, les deje a los dos el mío, y que tal recato tenga, que escondida siempre del, ni alcance, Laura, ni entienda que vivo en casa; que así (mas qué acción tan poco atenta!) pensó sanear la malicia de que Ocaña no dijera que traía a casa un huésped tan mozo, teniendo en ella una hermana por casar: y fue aquesto de manera, que retirada a este cuarto que te he dicho, aun una puerta que sale al cuarto de Félix (porque nunca presumiera que había más casa), la hizo cubrir con una antepuerta, y por ella a aderezarle sola Silvia sale y entra. Dejemos, pues, a Lisardo, que, sin que jamás entienda que hay mujer en casa, vive con este descuido en ella; dejemos también a Félix, que con esto sólo piensa que curó en salud el daño de que me hable y que me vea; y vamos a mí, que viéndolo la prevención con que intenta mi hermano

ocultarme, hice de la prevención ofensa; porque no hay cosa que tanto desespere a la más cuerda, como la desconfianza. ¡Cuánto ignora, cuánto yerra en esta parte el honor! que es como el que olvidar piensa una cosa, que el cuidado de olvidarla es quién la acuerda; es como el que desvelado se quiere dormir por fuerza, que llamando al sueño, es el sueño quien le despierta; y es como el que halla en un libro borradas algunas letras, que por sólo estar borradas, le da más gana de leerlas. Este reatao, en efecto, en Félix mi hermano, esta curiosidad, Laura en mí o este destino en mi estrella, despertaron un deseo de saber si el huésped era, como gallardo entendido, cosa que quizá no hiciera a no habérmelo vedado; que en fin la culpa primera de la primera mujer, esto nos dejó en herencia. Y para poder mejor hablarle, sin que supiera quién era la que le hablaba, fui una mañana a esas huertas, paso de Aranjuez, por fuerza. Llaméle pensando, Laura, que el hablarle no tuviera mayor empeño que hablarle por curiosidad o tema. Mas lay, que es fácil la entrada, cuanto difícil la vuelta del más hermoso peligro! Dígalo el mar desde afuera, convidando con la paz a cuantos a verle llegan, cuando jugando las ondas unas con otras se encuentran; pues el que más confiado pisó su inconstante selva, ése lloró más perdido la saña de sus ofensas, Yo así apacible juzgué el mar de amor; pero apenas reconocí sus alagos, cuando sentí sus violencias. Pensarás que este cuidado sólo alcanza, sólo llega a hallarme hoy enamorada; pues más mal hay que el que piensas, porque de amor y de honor estoy corriendo tormenta. Hoy, pues, Lisardo a don Félix (que yo detrás de la puerta, que te he dicho, lo escuchaba) de todo le daba cuenta, si (no importa declararme) no se lo estorbara Celia. Deblada quedó la hoja, y temo que por las señas del rostro, que ya me vio Lisardo, o por la cautela con que le hablé, o por haber seguidome hasta tan cerca de casa, puedan en Félix moverse algunas sospechas; y así, antes que el discurso a enlazarse, Laura, vuelva, me importa hablar a Lisardo, para cuyo efecto queda Silvia ya con un papel, en que le digo que venga a verme a esta casa, donde yo he de estar....

- LAURA: Detente. espera; que has usado neciamente. Marcela, de la licencia de la amistad: pues primero que e ese Lisardo escribieras, ni a mi casa le llamaras, debieras mirar, debieras advertir desde la tuya, los inconvenientes desta.
- MARCELA: Escucha de qué manera. Tu casa tiene dos cuartos, y del uno cae la puerta a otra calle; a Silvia dije que le trajese por ella; de suerte que entrando, Laura, por donde saber no pueda, en fin, como forastero, si es casa tuya, ¿qué arriesgas?
- LAURA: Arriesgo el que lo pregunte, y lo que hay no sabe, sepa mañana, y piense que yo soy la tapada.
- MARCELA: Que adviertas, te pido, que yo he de estar de visita y descubierta, como si fuera mi casa, dentro de la tuya mesma.
- LAURA: Cuando el verte a ti me libre a mí con esa cautela, ¿cómo me podré librar del peligro de que venga mi padre, y halle aquí un hombre?

MARCELA: ¿Luego ha de venir por fuerza hoy, y luego han de cogernos en el primer hurto? Esta fineza has de hacer por mí, pues es tan digna fineza de tu sangre y mi amistad.

LAURA: (AP.) ¡Oh, quién decirla pudiera el tercer inconveniente, pues no es el de menor pena que acierte a venir don Félix, y me halle a mí hecha tercera de su hermana y de su amigo!

ESCENA II

SILVIA, con manto. DICHAS.

SILVIA: A Ocaña he dado mil vueltas hasta hallarle.

MARCELA: Silvia, ¿qué hay? Que di tu papel, y apenas le leyó, cuando tras mí vino, y queda ya a la puerta que me dijiste.

MARCELA: Ya, Laura, no hay como excusarte puedas.

LAURA: De mala gana te sirvo en esto.

MARCELA: Quitame, Celia, esta manto: llama. Silvia, tú a Lisardo, y tú no quieras (VASE SILVIA.) verle, que eres muy hermosa para criada.

LAURA: Ya quedas hecha dueña de mi casa, Marcela: mira por ella.- (Ap) ¡Oh, a qué de cosas se obliga quien tiene una amiga necia!

ESCENA III

SILVIA, LISARDO, MARCELA

SILVIA: Esta es la casa, señor, de aquella dama encubierta, que ya descubierta veis.

LISARDO: ¿Quién vio dicha como ésta?

MARCELA: Estaríades, señor Lisardo, muy olvidado de que iría mi cuidado a buscaros.

LISARDO: Mi temor confieso, y que la esperanza desta ventura perdí; que siempre andar juntos vi fortuna y desconfianza.

MARCELA: Aunque es verdad que pudiera hoy, por el gusto de hablaros, señor Lisardo, llamaros a mi casa, no lo hiciera, a no tener que reñiros un descuido contra mí.

LISARDO: ¿Descuida contra vos?

MARCELO: Sí, de que me importa advertiros.

LISARDO: Si vos misma disculpáis mi ignorancia, con que ha sido descuido mal advertido, ya importa que le digáis porque no vulva a incurrir en lo que ignorante estoy.

MARCELA: ¿A quién empezasteis hoy nuestro suceso a decir, que os estorbó una criada la relación?

- LISARDO: Ya os entiendo, y aunque pueda, no pretendo satisfaceros en nada; porque mujer que de mí, donde no soy conocido, tanta noticia ha tenido; mujer que se guarda así de un hombre de quien yo soy amigo; mujer, que tiene criada en su casa, que viene con las nuevas que le doy... harto callando la digo, harto con irme la muestro, porque antes que galán vuestro fui de don Félix amigo.
- MARCELA: Habéis sin duda pensado, por las nuevas que yo os doy, que dama de Félix soy; pues estáis muy engañado; y esto me habéis de creer, si algo cré quien dice que ama, que no sólo soy su dama, mas que no lo puedo ser.
- LISARDO: Si los principios negáis, mal argumento tenéis. ¿De quién, mi nombre sabéis de mí informada estáis? ¿De quién, pues, habéis sabido (decir puedo en un momento) lo que en su mismo aposento a los dos ha sucedido?
- MARCELA: Para que aquí se concluya lo que a dudar os obliga, sabed que yo soy amiga de una hermosa dama suya. Esta, hablando, pues, conmigo en Félix, nuevas me dio de vos porque en vos habló como de Félix amigo; y aunque él es tan caballero, en nadie un secreto cupo mejor, que en quien no le supo; y así suplicaros quiero que a don Félix no le déis señor, más señas de mí, ni le digáis que yo os vi. ¡Mí que mi casa sabéis; porque me van en rigor, a una sospecha creída, hoy por lo menos la vida, y por lo más el honor.
- LISARDO: Bien pensaréis que ha cesado de mis dudas la razón, y antes mayor confusión es la que me habéis dejado: porque si no sois...

ESCENA IV

CELIA, después, LAURA. DICHOS

- CELIA: Señora.
- MARCELA: ¿Qué hay, Celia?
- CELIA: Que mi señor viene por el corredor.
- MARCELA: (A CELIA.) Esto me faltaba ahora. ¿Podrá salir?
- CELIA: No, que viene por la puerta que él entró, y saber que hay otra no es posible, ni conviene. Hasta aquí entra ya!
- LISARDO: ¿Qué haré?
- CELIA: Esconderos es forzoso en esta cuadra.
- MARCELA: Presto, que si os ve...
- LISARDO: ¡Vive Dios, que estoy perdido!
- (DESCONDESE EN UN APOSENTO. SALE LAURA.)
- MARCELA: Cercada de penas muero.
- LAURA: ¿Ves, Marcela? En el primero hurto al fin nos han cogido. ¡En buena ocasión me has puesto!

MARCELA: ¿Quién pudiera prevenir que ahora hubiese de venir tu padre?

ESCENA V

FABIO, DICHOS

FABIO: Celia, ¿qué es esto? Esta puerta, ¿cuándo abierta sueles, por dicha, tener?

LAURA: Vinome Marcela a ver, y por estar esa puerta la más cerca de una casa adonde ella estaba, yo la hice abrir; por ella entró, y quedóse así: esto pasa.

FABIO: Perdonad, bella Marcela; que como la luz del día ya se va a poner, no os vía,

LAURA: (Ap.)
¡Gran daño el alma recela!

CELIA: (Ap.)
¡Qué confusión! (Vase.)

SILVIA: (Ap.) ¡Qué terror!

MARCELA: Yo, habiendo ahora sabido la tristeza que ha tenido Laura, me tramo mi amor a verla, y ver si merezco de sus penas consolar la tristeza y el paesar.

LAURA: Son tantas las que padezco, que me añade más dolor el remedio prevenido, y antes pienso que has venido a hacerme tú mayor; que crece con el remedio este accidente.

FABIO: No sé qué te diga, su sabré hallar a tus males medio.- ¡Hola!, traed luces aquí.

ESCENA VI

CELIA, con luces, que pone sobre un bufete,
HERRERA, DICHOS

CELIA: Ya aquí las luces están.

HERRERA: Las ocho y media serán. ¿Habemos de irnos de aquí esta noche, pues que ya ha anochecido, señora? ¿No es de recogernos hora?

MARCELA: Pena el dejarte me da, Laura, con este cuidado; pero excusarle no puedo.

LAURA: Yo en fin a pagar me quedo las culpas que no he pecado.

MARCELA: ¿Qué puedo hacer? (¡AY DE MI!) Dame licencia.

FABIO: Yo iré sirviéndós.

MARCELA: No hay para qué tratéis, señor, así. Quedad con Dios.

LAURA: (AP. A MARCELA.) Mejor es dejarle ir, para que pueda irse este hombre que aquí queda.

FABIO: Yo tengo de ir con vos.

MARCELA: Pues me honráis tanto, replicar a vuestra gran cortesía, pareciera grasería.

FAVIO: La mano me habéis de dar.

MARCELA: Sois tan galán, que no puedo negaros ese favor.

(VANSF FABIO, MARCELA, HERRERA Y SILVIA.)

LAURA: ¿Hay, Celia, pena mayor que la pena con que quedo? ¿Quién creerá que yo encerrado aquí tengo un hombre que no conozco? Y si me ve, ¿quedará desengañado de que Marcela no ha sido el dueño de questa casa?

CELIA: Todo cuanto aquí nos pasa, fácil emmienda ha tenido con irse ahora mi señor. Retírate tú de aquí: yo le sacaré de allí sin que pueda del error en que está desengañarse; pues él sin veros se irá, ni a ti ni a Marcela.

LAURA: Ya sólo falta efectuarse. La puerta abre; mas detente, que parece que he sentido en esta sala ruido.

CELIA: Ya es otro el inconveniente.

ESCEÑA VII

DON FELIX, LAURA, CELIA

DON FELIX: Apenas la sombra fría tendió, Laura, el manto negro, capa de noche que viste para disfrazarse el cielo, cuando a tu puerta me hallaron las estrellas; que el deseo tanto anticipa las horas, que a verte a estas horas vengo haciendo el tiempo en tu calle, porque no se pierda el tiempo. Vi que mi hermana salía de tu casa, y advirtiéndome que tu padre la acompaña, a entrar hasta aquí me atrevo; porque las paces de hoy me tienen con tal contento, que no quise dilatar sólo un instante, un momento el verte desenojada.

LAURA: Pues no haces bien, si es que advierto, que un enojo apenas quitas, cuando otro vass disponiendo. ¿Tanto podía tardar (AP.) (APENAS A HABLARLE ACIERTO.) en recogerse la casa, que temerario y resuelto te entras aquí sin mirar que ha de volver al momento mi padre?

DON FELIX: Sólo he querido que sepas, Laura, que espero en la calle a que sea hora para hablarte; porque luego no digas que de otra parte vengo, cuando a verte vengo. En la calle, pues, estoy.

LAURA: Eso só; vuélvete presto, que al punto que se recoja mi padre, hablarnos podremos más despacio. No me tengas con tanto susto, que creo que sospechoso (ay de mí) está ya del amor nuestro; tanto, que a esta puerta falsa la llave ha quitado (AP.) (ESTO DIGO POR ASEGURAR EL PASO AL QUE ESTÁ ACA DENTRO.) Y ANDA TODOS ESTOS DÍAS A CASA YENDO y viniendo.

DON FELIX: Por quitarte ese temor, me voy, y en la calle espero.

FABIO: (DENTRO)
¡Hola, bajad una luz!

LAURA: El viene ya.

CELIA: Dicho y hecho.
(TOMA CELIA UNA LUZ, Y VASE.)

DON FELIX: Si de esotra puerta dices que quitó la llave, es cierto que no hay por donde salir; a así, en aqueste aposento me esconderé.

(VA A ENTRAR DONDE ESTA LISARDO, Y SE PONE DALANTF LAURA.)

LAURA: Aguarda, espera; que no has de entrar aquí dentro.

DON FELIX: ¿Por qué?

LAURA: Porque siempre aquí está mi padre escribiendo mucha parte de la noche.

DON FELIX: ¡Vive Dios, que no es por eso! porque al entreabrir la puerta he visto un bulto allá dentro.

LAURA: Mira...

DON FELIX: Aquí, ¿qué hay que mirar?

LAURA: Advierte...

DON FELIX: Ya nada temo.

LAURA: Que entra ya mi padre.

DON FELIX: Ya nada temo.

LAURA: Que entra ya mi padre.

don FELIX: ¡Ay triste, en qué gran duda estoy puesto! Si aquí hago alboroto, a Fabio de sus ofensas advierto; si callo, sufro las mías.

ESCENA VIII

FABIO, DICHS

FABIO: ¡Vos aquí, Félix! ¿Qué es esto?
(AP. A DON FELIX.)
Mira, por Dios, lo que haces; pues en quien es caballero, el honor de las mujeres, siempre ha de ser lo primero.

DON FELIX: (AP. ES VERDAD; DISIMULAR TOMO POR MEJOR ACUERDO, SI CELOS SE DISIMULAN?) Buscando a mi hermana vengo, que me dijeron que aquí estaba.

FABIO: Ya yo la dejo en su casa, y vengo ahora de servirla de escudero.

LAURA: Eso es lo mismo que yo le estaba, señor, diciendo.

DON FELIX: Dios os guarde por la honra que a mi hermana la habéis hecho.

FABIO: Ella os espera ya en casa.

DON FELIX: (AP. NO sé (a Dios!) lo que hacer debo. Estarme aquí, es necedad; irme, si aquí un hombre dejo, es desaire; alborotar aquesta casa, desprecio; pues

esperarle en la calle, si hay dos puertas, ¿cómo puedo yo solo? ¡Oh, quién a Lisardo, que es mi amigo verdadero, consigo hubiera traído! Mas ya he pensado el remedio.) Quedad con Dios.

FABIO: El os guarde.

DON FELIX: (AF.)
Hoy he de ver, ¡vive el cielo! si es verdad que la fortuna ayuda al atrevimiento.
(DON FELIX SE VA MUY APRISA, FABIO LLEGA HASTA LA PUERTA CON EL, Y CELIA DESPUES TOMA UNA LUZ Y SE VA: FABIO TOMA OTRA LUZ.)

FABIO: Alumbra, Celia, a don Félix. Laura, éntrate tú acá dentro, que tengo que hablar a solas contigo.

LAURA: (AF.) Otro susto, ¡cielo! Mi padre, ¿qué me querrá? Laura, ¿en qué ha de parar esto?
(Vanse)

ESCENA IX

CELIA, QUE VUELVE CON LA LUZ: DESPUES, LISARDO

CELIA: Sin esperar que bajara a alumbrarle, en un momento se me desapareció Félix. Bien se deja ver su intento, que es de dar presto la vuelta a la calle; mas primero que él llegue, ya habrá salido estotro; que en su aposento está mi señor con Laura. No hay que esperar. Caballero (A LISARDO.) En gran confusión estamos por vos. (SALF LISARDO.)

LISARDO: Ya sé lo que os debo; que aunque he entendido muy poco del caso, porque aquí dentro llegaban muertas las voces, he entendido por lo menos los empeños desta casa. Vamos de aquí.

CELIA: Vamos de aquí.

LISARDO: Vamos presto.

CELIA: (AF.)
Salga él una vez de casa, y mas que sucedan luego muertes de hombres en la calle.
(APAGA LA LUZ, Y VASE CON EL.)

ESCENA X

DON FELIX: DESPUES, LAURA

DON FELIX: En un esconce pequeño que hace la escalera, antes que la luz bajara, muerto de celos y de desdichas, pude quedarme encubierto. Poco lugar han tenido de echar a este hombre, y no creo que, sabiendo que en la calle estoy, se atrevan a hacerlo. El fin con que he me quedado, a mis desdichas atento, es de sacarle conmigo hasta la calle, fingiendo que soy criado de casa, y que sé todo el suceso.

(LLEGASE A LA PUERTA.)

Esta es la puerta, y está abierta. Ce, caballero, seguidme; seguro soy. ¿No me respondáis? ¿Qué es esto? Obligaréisme callando, ¡vive Dios! a que entre dentro
(ENTRA.)

(SOLE LAURA CON LUZ.)

LAURA: Nada me quería mi padre que fuese de más momento, que decirme que mañana ha de ir a un cercano pueblo, adonde su hacienda tiene, y yo a mis desdichas vuelvo. Celia, Celia, ¿dónde estás? Pondré que se han ido huyendo todos, y que me han dejado en el peligro. Y es cierto: pues nadie parece. ¡Ay triste! ¿Qué he de hacer en tanto aprieto? Félix estará en la calle cuando estotro está aquí dentro. Pero aunque todo lo arriesgue, esto ha de ser; que primero soy yo. Perdoné Marcela, esta vez. Ce, caballero, a quien decía una mujer en tanto peligro ha puesto, no os espantéis de mirarme.
(SALIA DON FELIX ESCONDADO.)

DON FELIX: ¿Cómo puedo, cómo puedo dejar de espantarme, Laura, de mirarte...?

LAURA: ¡Ay Dios! ¿Qué veo?

DON FELIX: ¿Tan mudable?

LAURA: ¡Ay infelice!

DON FELIX: ¿Y tan falsa?

LAURA: ¡Ay Dios! ¿Qué es esto?

DON FELIX: Esto es, Laura, esto es (si es que yo a decirlo acierto) el desencanto mayor que a un hombre han dado los celos. Pero miento, que no son celos, sino agravios éstos.
(PASEASE, Y ELLE TRAS EL.)

LAURA: (AP.)
(¡Yo estoy muerta!) Félix mío, mi bien, mi señor, mi dueño.

DON FELIX: Mi mal, mi muerte, mi ofensa, ¿qué me quieres?

LAURA: Que te quiero; te quiero, no más.

DON FELIX: Y yo, pues tú lo dices. lo creo; porque no habiendo tenido un hombre en este aposento; no habiendo dicho que estaba cerrado el paso por esto; no habiendo venido tú a hablarme por él; no habiendo visto yo... ¿Qué he de haber visto? Nada digo, nada entiendo. ¡Mal haya yo. porque estuve antes a tu honor atento! ¡Y no...! ¡Adiós, Laura; adiós, Laura!

LAURA: Detente, porque primero que te vayas, has de oírme.

DON FELIX: ¿Puede ser mentira esto?

LAURA: Sí, bien puede ser mentira.

DON FELIX: ¿Mentira lo que estoy viendo?

LAURA: ¿Qué viste?

DON FELIX: El bulto de un hombre que estaba en este aposento.

LAURA: Algún criado sería.

ESCENA XI

CELIA, MUY ALBOROZADA. DICHOS

CELIA: Señora, ya por lo menos nada sucederá en casa, que ya en la calle los dejo.
(VE A DON FELIX, Y TURBASE.)

DON FELIX: Mira, si era algún criado.

CELIA: ¿Pues esto ahora tenemos? ¿Cómo aquí?... Yo puedo hablar.

LAURA: ¿Ves, Félix, con cuánto aprieto se eslabonan mis desdichas? Pues culpa ninguna tengo!

DON FELIX: Pues yo la culpa tendré.

LAURA: Tanto te estimo y te quiero, que aún no quiero yo decirlo, porque te está mal saberlo.

DON FELIX: ¡Qué antiguo sagrado es ése de un culpaño, en no teniendo que responder! Esto en fin se acabó, Laura esto es hecho. Adiós, adiós.

LAURA: Mira...

DON FELIX: Suelta.

LAURA: No has de irte así.

DON FELIX: ¡Vive el cielo, que dé voces que despierten a tu padre, al mundo entero, diciendo quién eres!

LAURA: ¡Félix!

DON FELIX: Harás que pierda el respeto a tu hermosura, porque nadie le tuvo con celos.
(VASE.)

LAURA: Tenle, Celia.

CELIA: ¿Yo tenerle?

LAURA: Pues aunque vayas huyendo, yo te buscaré. ¡Ay, Marcela, en qué de dudas me has puesto!
(VASE.)

ESCENA XII

CUARTO DE LISARDO EN CASA DE DON FELIX

LISARDO, CALABAZAS

CALABAZAS: Señor, ¿qué es lo que tienes? ¿De dónde o cómo a tales horas vienes?

LISARDO: Ni sé de dónde vengo, Calabazas, ni sé lo que me tengo.

CALABAZAS: Después de haberte ido sin mí (cosa que nunca ha sucedido, ni héchose con lacayo de bien), vuelves a casa como un rayo, casi al amanecer, descolorido colérico, furioso, acontecido, airado...

- LISARDO: No me mates, ni empieces a decirme disparates, sino pon las maletas; porque luego me tengo de ir, y en tanto que a esto llevo, a esotra cuadra pasa, mira si hablar a Félix puedo.
- CALABAZAS: En casa él no está; que aunque ya ha amanecido, creo que no ha venido a acostarse hasta agora.
- LISARDO: ¡Feliz él, que habrá estado (¿Quién lo ignora?) celebrando las paces con su dama; que es la felicidad del que bien ama! ¡Y yo, infeliz, a quien han sucedido tantas cosas....!
- CALABAZAS: ¿Qué han sido?
- LISARDO: Oye,, porque me dejes, con condición que luego no aconsejes. Llaróme por un papel aquella dama tapada, a que en su casa la viese. A verla fui, y la criada por un jardín me guió, hasta que llegué a una sala de estrado, donde la misma que vi en la huerta, estaba tan bella como entendida; Esto, que te diga, basta. Fuy a los primeros lances, me dio a entender enojada no sé bien qué quejas, cuando su padre a la puerta llama. Méteme en un aposento, donde, después de pasadas algunas conversaciones, de quien poco entendí o nada (porque como retirado estaba a puerta cerrada, llegaban a mí confusas las voces sin las palabras) la puerta un hombre entreabrió; la capa tercié y la espada empuñé, y al mismo instante me volvieron a cerrarla por defuera, sin poder ver el talle ni la cara del hombre. De allí a otro rato triste, confusa y turbada, otra moza me sacó hasta la calle, con varias prevenciones de que Félix no supiera desto nada. Yo, pues, cercado de dudas y de sospechas contrarias, estoy sin saber qué hacerme en confusión tan extraña; porque si a Félix le callo el lance, ya acreditada la sospecha de que ha sido dama suya, será ingrata correspondencia, que él tenga a su enemigo en su casa; si se lo digo, y no es su dama, sino otra dama que de mí se fia, el decirlo es de mi nobleza infamia. Y así entre hablar y callar, la opinión más acertada es, pues dos daños me embisten, volver a los dos la espalda. Así con esto a don Félix no ofende lo que se calla, ni lo que se dice ofende a la mujer. Luego trata de poner toda la ropa, que antes que amanezca el alba, con ocasión de que ya hecha mi consulta baja de Ocaña me tengo de ir, aunque me deje en Ocaña en un ingenio la vida, y en una hermosura el alma.
- CALABAZAS: ¡Honrada resolución!
- LISARDO: Porque apruebas y no cansas, toma aquel vestido que hice de camino, Calabazas.
- CALABAZAS: Tus manos, señor, te beso de resultas de las plantas, no tanto por el vestido, aunque es dádiva extremada, como por dármele hecho: y en tanto que se levanta quien la ropa me ha de dar, escúchame en dos palabras lo que hecho un vestido ahora.

(MUDANDO VOCES.)

-Señor maestro, ¿cuántas varas de paño son menester para mí? -Siete y tres cuartas. -Con seis y media le hace Quifones. -Fues que le haga; mas

si él saliere cumplido, yo me pelaré las barbas.
 -¿Qué tafetán? -Ocho- -Siete han de ser.
 -No quite nada de siete y media. -¿Ruán? -Cuatro.
 -No. -Si un dedo falta, no puede salir. -¿De seda? -Dos onzas, treinta de lana. -¿Bocací a los bebedores? -Media vara.
 -¿Angeles? -Otra tanta. -¿Botones? -Treinta docenas.
 -¿Treinta? -¿Habrá más de contarlas?
 Cintas, faltrigueras, hilo: vamos con todo esto a casa. Junte vuesaaced los pies, ponga derecha la cara, tienda el brazo. -¿Seor maestro, son matachines? -¿Qué gracia hará el calzón? -¿Oye usted?, la ropilla ancha de espaldas, derribadica de hombros, y rendodita de falda -Frisa para las faldillas haber sacado nos falta. Póngala usted. -Que me place, -¡Ah, sí; esto se me olvidaba; entretelas. -Deste viejo ferrenuelo me las haga. -Voy a cortarlo al momento. ¿Cuándo vendrá esto? Mañana a las nueve. -La una es.
 ¡Oh cuánto este sastre tarda! -Seor maestro, todo el día me ha tenido usted en casa. -No he podido más, que he estado acabando unas enaguas, que, como mil paños llevan, no fue posible acabarlas. -¡Ah!, caballero, muy seca está esta obra. Remojarla. -Angosto vino el calzón. -De paño es, no importa nada, que luego dará de sí.
 -Esta ropilla está ancha. -No importa nada, es de paño, que ella embeberá (así basta, que los paños dan y embeber como el sastre se lo manda).
 -El ferrenuelo está corto. -Más de media liga tapa, y ahora no se usan largos. -Qué se debe? Poco o nada; veinte del calzón, y veinte de la ropilla y sus mangas, diez del ferrenuelo, treinta de los ojales... y tantas impertinencias, que en fin, que me venga o que me vaya, quien me da un vestido hecho, me da la mejor alhaja. A componer voy las tuyas; aquí gloria y después gracia.

(VASE.)

LISARDO: ¡Qué locuras! ¡Quien tuviera tu alegría! y no llegará hoy a sentir los extremos de tantas penas, de tantas confusiones y sospechas! ¡Valgate Dios por tapada, toda misterios y toda prevenciones, sin que haya nunca visto la verdad!

(VUELVE CALABAZAS.)

CALABAZAS: Ya le dije a una criada que me sacase la ropa; porque hoy nos vamos a Irlanda.

LISARDO: En efecto, me destierran, antes de tiempo de Ocaña, tramoyas de una mujer.

ESCENA XIII

MARCELA, CON MANTO, SILVIA, SIN EL, Y QUEDAN A LA FUERTA, DICHO.

SILVIA: Mira a qué te atreves.

MARCELA: Nada me digas, porque no estoy para escucharte palabra. ¿Que hoy se va, no dices?

SILVIA: Sí.

MARCELA: ¿Pues, Silvia, de qué te espantas que haga locuras ni amor? Sin duda le dijo Laura quién soy, y de mí va huyendo.

- SILVIA: ¿Pues si esto temes, qué tratas?
- MARCELA: Hablarle ya claramente; que puesto que a esta hora falta mi hermano, ya no vendrá, hasta que le lleven capa y valona, o sea de noche. Tu, Silvia, a esa puerta aguarda.
- (VASE SILVIA.)
- LISARDO: Mira si ha venido Félix.
- CALABAZAS: Félix, no; pero la dama tapada sí que ha venido.
- LISARDO: ¿Qué dices?
- CALABAZAS: Écce quem amas.
- MARCELA: Señor Lisardo, no sé que sea acción cortesana el dros sin despediros hoy de una mujer que os ama.
- LISARDO: ¿Tan presto tuvisteis nueva de mi partida?
- MARCELA: Las malas vuela mucho.
- CALABAZAS: (AP.) ¡Vive Dios, que con los demás habla! ¿Si es Catalina de Acosta que anda buscando su estatua?
- MARCELA: En fin, ¿os vais?
- LISARDO: Sí, y huyendo de vos, que vos sois la causa.
- MARCELA: De eso infiero que sabéis ya quién soy (estoy turbado!); y si el haberlo sabido anticipa la jornada, id con Dios; pero advirtiéndome que fue en mí y en vos la causa imposible de decírla, y imposible de callarla.
- LISARDO: No os entiendo, pues no sé de vos (ésta es verdad clara) más de lo que sé de vos; y antes la desconfianza que hacéis de mí, es quien me mueve a irme.

(MIRA CALABAZAS ADENTRO.)

- CALABAZAS: Ce: por la sala entra don Félix.
- MARCELA: ¡Ay triste!
- LISARDO: ¿Qué os turba? ¿Qué os embaraza? Conmigo estáis.
- MARCELA: Es verdad; mas puesto que mis desgracias unas con otras tropiezan, y tan en mí alcance andan, sabed, que yo soy... No puedo, no puedo hablar más palabra, que entra ya. Mi vida está en vuestras manos, guardadla; que yo aquí me escondo.
- (ESCONDESE.)
- LISARDO: ¡Cielos, sacadme de dudas tantas! Ella es su dama sin duda, pues que tanto dél se guarda.

ESCENA XIV

DON FELIX, LISARDO: MARCELA, escondida

DON FELIX: Lisardo.

LISARDO: ¿Qué hay, qué traéis, don Félix?

- DON FELIX: Traigo un pesar, y véngole a consolar con vos, que me aconsejéis.
- LISARDO: Cuando por haber faltado de casa.... (Vete de aquí.)

(A CALABAZAS. VASE.)

Toda la noche, creí que habiades celebrado las paces con vuestra dama, ¿al amanecer véis con el pesar que decís?

- DON FELIX: Sí, que un mal a otro mal llama. ¡Ay Lisardo! bien dijistes cuando hablasteis de los celos, que sus efectos tristes, eran tan otros tenidos que dados, cuanto se ofrece entre quien hace y padece; pues padecen mis sentidos el daño que antes hicieron, ¡oh quién un siglo los diera, y un punto no los tuviera!

- LISARDO: Pues ¿cómo o de qué nacieron? (AP. ¡VIVE DIOS QUE FI. HA SEGUIDO ESTA DAMA, Y QUE SUS CELOS SON DE MI Y DELLA.)

- MARCFLA: (AP.) Los cielos den mis penas a partido.

- DON FELIX: Muy rendido ayer llegué, donde (¡ay de mí) satisface con ~~los~~ extremos que hice, las lágrimas que lloro, las mal fundadas sospechas que de mí (ay cielos!) tenía la hermosa enemiga mía; y cuando ya satisfechas estaban, y yo esperaba de los sembrados rigores coger el fruto en favores, de la calle en que aguardaba entré a verla muy contento; y porque fue fuerza así un aposentó entreabrí (mal haya mi sufrimiento), el bulto de un hombre vi.

- LISARDO: ¡Esto es lo que anoche a mí me pasó, viven los cielos!

- DON FELIX: ¡Oh mal haya yo. porque, aunque su padre viniera, y aunque su honor se perdiera, a darle muerte no entré. Quedarme pude escondido, con ánimo de volver a buscar el hombre, y ver quién era.

- LISARDO: ¿Habéislo sabido?

- DON FELIX: No, porque ya una criada le había sacado de allí. Tras él al punto salí; pero no pude hallar nada. Así hasta el mediodía toda la mañana he estado (¡mirad qué necio cuidado!) pensando que volvería. Ved si habrá en el mundo quien tenga el dolor que yo tengo, pues hoy aquí a tener vengo celos, sin saber de quién.

- LISARDO: (AP.) En este punto creí todo cuanto imaginé; la dama esta dama fue, y yo el encerrado fui. Las señas son; mas supuesto que él no sabe que fui yo, ni que ella aquí se ocultó, ponga fin a todo esto mi ausencia, puesto que así todo el silencio lo sella; pues no sabrá agravios della, ni tendrá quejas de mí.

- DON FELIX: ¿Agora suspenso estáis? ¿Cómo no me respondéis?

- LISARDO: Olvidar.

- DON FELIX: ¡Ay, Lisardo, quién pudiera!

CALABAZAS: (A LA PUERTA.)
Señor, una dama ahí fuera dice que te quiere hablar.

DON FELIX: Ella es, que habrá venido a verme. Yo no he de vella.

LISARDO: Mirad primero si es ella.

ESCENA XV

LAURA, TAPADA. DICHO

DON FELIX: ¿No he de haberla conocido? Ella es, que en conclusión, querrá agora que yo crea que todo mentira sea.

LISARDO: (AP.)
Ya es otra mi confusión: si ésta es la que Félix ama, y dentro en su casa vio un hombre, y éste fui yo, ¿quiénes, quién, estotra dama?

LAURA: Lisardo, por caballero os ruego que os ausentéis y con Félix me dejéis, porque hablar con Félix quiero.

DON Félix: ¿Quién te ha dicho que querrá el Félix hablarte a tí?

LAURA: Dejadnos solos.

LISARDO: Por mí, obedecida estáis ya.
(AP. FUERZA ES DARLE ENCERRADA LA OTRA DAMA HASTA DESPUES, Y ESTAR A LA VISTA. NADA TENGO YA QUE TEMER, PUES NO ES SU DAMA MI TAPADA.)

(VANSE CALABAZAS Y LISARDO.)

ESCENA XVI

LAURA Y DON FELIX: MARCELA, ESCONDIDA

LAURA: Ya que estamos los dos solos, don Félix, y que podré decir a lo que he venido, escúchame.

DON FELIX: ¿Para qué? Ya sé que quieres decirme que ilusión, que engaño fue cuanto allí vi y cuanto oí; y si esto en fin ha de ser, ni tú tienes qué decir, ni yo tengo qué saber.

LAURA: ¿Y si nada de eso fuese, sino todo eso al revés?

DON FELIX: ¿Cómo?

LAURA: Escucha, dírslo.

DON FELIX: ¿Iraste si te escucho?

LAURA: Sí.

don FELIX: Dá, pues.
(ASONA MARCELA.)

LAURA: Negarte que estaba un hombre en ~~mi~~ aposento...

DON FELIX: Detén. ¿Y es estilo de obligar, modo de satisfacer decirme, cuando esperaba un rendimiento cortés, una disculpa amorosa, confesar la ofensa? ¿Ves cómo otra vez la repites, porque la sienta otra vez? Si no me oyes hasta el fin...

LAURA: Si no me oyes hasta el fin...

MARCELA: (AP.)
¡Quién vio lance más cruel!

DON FELIX: ¿Qué he de escuchar?

LAURA: Mucho.

DON FELIX: ¿Iraste si te escuchó?

LAURA: Sí.

DON FELIX: Eí, pues.

LAURA: Negarte que estaba un hombre en mi aposento, y también que Celia le abrió la puerta, no fuera justo porque negarle a un hombre en su cara lo mismo que escucha y ve es darle a un desesperado, para consuelo un cordel; mas pensar tú que fue agravio de tu amor y de mi fé, es pensar que cupo mancha en el puro rosicler del Sol, porque con mi honor aun es sombra todo él.

DON FELIX: ¿Pues quién aquel hombre ere?

LAURA: No puedo decirte quién.

MARCELA: (AP.)
¡Quién vio confusión igual!

DON FELIX. ¿Por qué?

LAURA: Porque no lo sé.

DON FELIX: ¿Qué hacía escondido allí?

LAURA: No lo sé tampoco.

DON FELIX: ¿Pues dónde la satisfacción está?

LAURA: En no saberlo.

DON FELIX: ¡Bien! No saberlo es la disculpa, la culpa el saberlo es: ¿pues cómo quieres que venza lo que sé a lo que no sé? Laura, Laura, no hay disculpa.

LAURA: Félix, Félix, déjame; que, aunque lo puedo decir tú no lo puedes saber.

DON FELIX: Otra vez me has dicho ya (baldón o despecho fue) ese mismo, y ¡vive Dios! de no escucharlo otra vez, porque aquí me has de decir la verdad desto...

MARCELA: (AP.) ¿Qué haré? ¡Que, por disculparse a sí, me ha de echar a mí a perder!

DON FELIX: Que nada me está peor que el pensarlo.

LAURA: Si diré.

- MARCELA: (M. No dirás; porque primero tus voces estorbaré CON ESTA RESOLUCIÓN. Amor ventura me dé, como me da atrevimiento.)
(Pasa por delante tapada, como jurándose a Don Félix; él quiere seguirla, y Laura le detiene.)
Sólo esto he querido ver.
- DON FELIX: ¿Qué mujer es ésta?
- LAURA: Hazte de nuevas
- DON FELIX: Déjame que la siga y la reconozca.
- LAURA: ¡Eso querías tú, porque pudieras desenojarla, diciéndola a ella después que me dejaste por ir tras ella! Pues no ha de ser.
- DON FELIX: Laura mía, mi señora, el cielo me falte, amén, si sé que mujer es ésta.
- LAURA: Yo sí; yo te lo diré; Misa era, que al pasar yo la conocí muy bien.
- DON FELIX: Mi era Misa, ni sé yo cómo estaba aquí.
- LAURA: Muy bien, ¡La disculpa es no saberlo, la culpa el saberlo es! ¿Pues cómo quieres que venza lo que sé a lo que no sé? Adiós, Félix.
- DON FELIX: Si no basta el desengaño que ves, ¿cómo quieres que yo crea lo que tú, Laura, no creés?
- LAURA: Porque yo digo verdad, y soy quien soy.
- DON FELIX: Yo también, y vi en tu aposento un hombre.
- LAURA: Yo en el tuyo una mujer.
- DON FELIX: No sé quién fue.
- LAURA: Yo tampoco.
- DON FELIX: Si supiste, Laura; pues ya me lo ibas a decir.
- LAURA: Ya, sin decirlo me iré, por no dar satisfacciones a un hombre tan descortés.
- DON FELIX: Mira, Laura...
- LAURA: Suelta, Félix.
- DON FELIX: Vete, que es cosa cruel, haber de rogar cuejoso.
- LAURA: Quédate; que es rabia haber de llevar traiciones, cuando finezas vine a traer.
- DON FELIX: Yo bien disculpado estoy.
- LAURA: Si a esto, yo también.
- DON FELIX: Pues vi en tu aposento un hombre.
- LAURA: Yo en el tuyo una mujer'
- DON FELIX: Si esto, cielos, es amar...
- LAURA: Se esto, fortuna, es querer...
- LOS DOS: ¡Fuego de Dios en el querer bien! Amén. Amén.

JORNADA TERCERA

ESCENA I

Cuarto de Marcela

MARCELA, SILVIA

SILVIA: Grande atrevimiento fue.

MARCELA: Como perdida me vi, cuando ya a Laura escuché que iba a descubrirte allí cuanto en su casa pasé, estorbar la relación quise con tan loca acción, que ya preciso un pesar, algo se ha de aventurar.

SILVIA: Así es verdad.

MARCELA: La razón que me animó más, fue ver a Lisardo, que esperaba más afuera, al parecer, en qué el suceso paraba de su encerrada mujer; y como yo lo sabía, no temí la empresa mía: ya en Lisardo al menos quien me defendiese tenía; y en fin, ello sucedió mejor que esperaba yo; pues yo a mi cuarto pasó, y en los celos que dejé el lance se barajó de suerte que ni Lisardo se empeñó por mí gallardo, ni Laura el caso contó, ni Félix me conoció, ni yo mayor susto aguardo.

SILVIA: Digo que fue extraño cuento, y si escarmiento ha dejado, será de más fundamento.

MARCELA: ¿Pues cuándo dejó escarmiento, Silvia, un peligro pasado? Antes el haber salido deste tan bien me ha movido a pensar cómo pudiera ser que Lisardo volviera a verme.

SILVIA: Oye, que hacen ruido.

ESCENA II

DON FELIX, POR LA PUERTA ESCONDIDA. DICHOS

DON FELIX: Marcela.

MARCELA: ¿Qué novedad es entrar tú en mi aposento?

DON FELIX: Es venir mi voluntad por luz a tu entendimiento, por consuelo a tu piedad, Anoché, cuando saliste de ver a Laura, yo entré en su casa (ay de mí triste!) y vi en su casa, y hallé...

MARCELA: Di, ¿qué hallaste? Di, ¿qué viste?

DON FELIX: Un hombre.

MARCELA: ¿Tal pudo ser?

DON FELIX: Viome a satisfacer; una mujer, que salió de mi alcoba, lo estorbó...

MARCELA: ¡Miren la mala mujer!

DON FELIX: Que con Lisardo debía de estar. El cuerdo, y discreto presumiendo que ofendía de mi casa así el respeto, dice que tal no sabía. En fin, sea lo que

fuere (que no hay nadie que lo diga), celosa Laura, no quiere que desengaños consiga, ni que disculpas espera. Yo, por no dar a torcer tampoco mi sentimiento, no la quiero hablar ni ver; pero quisiera saber hasta el menor pensamiento suyo. para esto ha pensado una industria mi cuidado.

MARCELA: ¿Y es, si me la has de decir?

DON FELIX: Que tú hermana, has de fingir que un gran disgusto, un enfado conmigo has tenido, y que en tanto que esto se pasa, te quieres ir a su casa; a así una espía tendré para el fuego que me abrasa; pues tú a la mira estarás, y a pocos lances verás quién este embozado es, y con secreto después de todo me avisarás.

MARCELA: Aunque hay bien que replicar, hoy me iré a su casa.

DON FELIX: No puede hoy ser; que por mostrar cuán poco mi mal sintió, o por darme este pesar, hoy de su casa ha salido y al mar de Antígola ha ido.

MARCELA: Pues digo que iré mañana.

DON FELIX: La vida me das, hermana; tuya desde hoy habrá sido.

(VASE.)

MARCELA: ¿Hay cosa, como llegar rogándome lo que yo puedo, Silvia, desear? Pero mira quién se entró en el cuarto sin llamar.

SILVIA: Laura y Celia son, señora.

ESCENA III

LAURA, CELIA, MARCELA, SILVIA

MARCELA: Laura mía, la aquesta hora!

LAURA: No te espantes desto, amiga; que a tanto una pena obliga.

MARCELA: ¿Quién lo duda? ¿Quién lo ignora?

LAURA: De la suerte que de mí te fuiste ayer a valer, vengo a valerme de ti.

CELIA: Apreended, damas, de aquí, lo que ya desde hoy a ayer.

LAURA: Aquel hombre que dejaste cerrado, Marcela mía, en mi casa, vió don Félix,

MARCELA: ¡Jesús!

LAURA: No importa que diga el cómo o cuándo, puesto que bastaba ser desdicha, para que ella se estuviese desde luego sucedida. Quisele satisfacer, y vine a tu casa, amiga, sin mirar a los respetos a que el ser quien soy me obliga. Entré en su aposento y cuando a representarle iba disculpas, que no tocasen en tu opinión ni en la mía, una mujer, que detrás de su aposento tenía, y que era sin duda wise...

MARCELA: ¿Quién duda que ella sería?

LAURA: Salió á dar celos por celos.

MARCELOS: ¡May tan gran bellaquería! ¿Y qué hizo Félix a eso?

LAURA: El, aunque quiso seguirla, yo no le dejé. En efecto las dos quejas repetidas, ni las tuyas quise oír, ni él saber quiso las mías. Por mostar que estaba (¡ay cielos!) gustosa y entretenida (¡oh cuán a costa del alma, Marcela, un triste se anima!) al mar de Antígola hoy salí con unas amigas, donde aunque debí alegrarme su hermosa apacible vista, no pudo, que para mí ya se murió la alegría; tanto, que ni el ver la reina, que infinitos siglos viva, para que flores de Francia nos den el fruto en Castilla, cómo en su verde carroza, que caballos del Sol tiran, varado bajel de tierra llegó a abordar a la orilla; ni el ver tan ufano entonces este breve mar, que imita del Océano las ondas encrespadas y movidas de los céfiros suaves, cuando al mirar quien las pisa como plata las entorcha, y como vidrio las riza; ni el ver que ya el bergantín, coche del mar, pues le guían, como caballos, los remos, a quien el freno registra de un timón, abrió el estribo de su hermosa barandilla, para que su popa ocupe, para que su esfera admita un sol, a quien hizo guarda no menos que el alba misma; ni el ver las hermosas damas, que como flores seguían la rosa, bien así como tejido coro de ninfas, en las selvas de Diana profanas fábulas pintan; ni el ver, en fin, que tan bello ya el bajel bogando iba el piélagos de cristal, que al acercarse a la isla del cenador, que con tantas flores el estanque habita, no pudo determinar desde aparte, no, la vista cuál el bergantín, o cuál era el cenador; pues vía flores en cualquiera tantas, que unas a otras competidas, naval batalla de flores se dieron muertas y vivas, me pudo aliviar; pues toda esta pompa hermosa y rica, en los cristales bullicio, en las flores alegría, en los vientos suavidad, en las hojas armonía, en las damas hermosura y en todos los campos risa, llanto fue, llanto en mis ojos, celosa de Félix. Mira, si a quien esto no divierte, bastantemente peligrá, Yo no he de hablarle; porque es triste cosa, es indigna acción darle yo a torcer mis celos; y así querría de una industria aquí valerme, si es que mi amistad codicias; y es, que para que yo vea si vive en su cuarto habita, le he de acechar esta noche por aquesta puerta, amiga, que dijiste, y que a su cuartocaca y él tiene escondida. ¿Cómo faltar de mi casa podré?, es fuerza que aquí diga; y respondérete yo que hoy mi padre fue a una villa, adonde su hacienda fitene, y no vendrá en cuatro días. Así que estas noches puedo ser tu huésped, si obliga mi amistad a esta fineza, pues es fineza de amiga tan principal, tan discreta, tan noble y tan entendida.

MARCELA: ¿Cómo te podré negar, Laura, lo que solicitas, si con mi razón me arguyes, si con mi dolor me obligas? Sólo hay un inconveniente; mas si tú lo facilitas, ven desde luego a mi casa; mal dije, a la tuya misma.

LAURA: ¿Cuál es el inconveniente?

MARCELA: Tanto mi hermano te mita en el dolor y en la causa (no importa que te lo diga; primero somos nosotras). que hoy me ha pedido que finja con él un enojo, y vaya a ser por algunos días tu huésped; porque yo allá de adalid le sirva, Pues si no voy a tu casa yo, porque estás tú en la mía, dirá...

LAURA: Escucha; antes mejores que desde luego finjas tú el enojo, y que te vayas; pues con aquesto le obligas a que él esté más seguro de que yo en su casa asista.

MARCELA: Dices bien, que con mi ausencia se sana esta malicia.

LAURA: ¿Cómo se ha de hacer?

MARCELA: Así: dame el manto, y dirás, Silvia, que fui en casa de Laura; que para hacer más creída la causa, quise ir de noche.

(PONESE EL MANTO.)

Y después (aparte mira) busca a Lisardo, y dirásle cómo mi afecto le avisa que a verme vaya esta noche; y quédate donde sirvas a Laura. Tú, Celia, ven conmigo; pues nos obliga esto a trocar con las casas las criadas.

LAURA: ¿Tan aprisa?

MARCELA: Estas cosas más se aciertan, mientras menos se imaginan.

LAURA: Marcela, a mi casa vas; por ella y por mi honor mira.

MARCELA: Por ella mira y mi honor, pues te quedas tú en la mía. ¿En qué ha de parar aqueste trueco?

CELIA: ¿Quieres que lo diga? En algún lance que a todas, o nos case, o nos aflija.

(VANSE POR UNA PARTE CELIA Y MARCELA Y POR OTRA SILVIA Y LAURA.)

ESCENA IV

CUARTO DE LISARDO

LISARDO, CALABAZAS

LISARDO: ¿Qué papel es éste?

CALABAZAS: Es el que ha de ser, es y ha sido del tiempo que te he servido, cuenta estrecha.

LISARDO: Dime, pues, ¿a qué propósito agora...?

CALABAZAS: A propósito de que hoy de tu servicio me voy.

LISARDO: ¿Por qué causa?

CALABAZAS: ¿Quién lo ignora? Porque andas aquestos días muy discreto.

LISARDO: ¿Qué has querido decir?

CALABAZAS: Que andas divertido.

LISARDO: Tales son las penas mías.

CALABAZAS: Y no ha de ser tan discreto el amo, que ha de pensar que no le puede guardar Calabazas el secret. Tú te andas solo contigo, contigo solo te estás contigo vienes y vas, y en fin, contigo y sin migo en cualquier parte te ven; que parecemos, señor, del dinero y el amor: mirad ¡con quién, y sin quién! Si alguna tapada viene a verte, salte allá fuera; si vas a verla, aquí espera, porque ir allá no conviene. ¿Pues esto ha de ser así? ¡Pesar de quién me parió! ¿Para qué te sirvo yo? Y así quiero desde aquí buscar amo más humano; porque para mí, en rigor, ninguno será peor, aunque sea un presumido de docto, siendo menguado, con ingenio un desdichado, sin él un entremetido, un poeta que hace trazas de comedias, y seamos los criados y los amos todo en casa Calabazas, aunque sea un lindo compuesto, que hable melifluo y despacio, y aunque galantee en palacio, que es peor que todo eso.

LISARDO: Las cosas que me han pasado tan públicas han venido, Calabazas, que no ha sido forzoso haberlas contado para que las sepas; pues hablar a aquella tapada en el campo, tan guardada verla en su casa después, adonde me sucedió aquel lance parecido al de Félix, que escondido en su casa me pasó; venir a verme a la mía, adonde desengañado de que esotra me ha dejado, la que don Félix quería; salir de allí tan veloz; irse, en fin, como se fue: ello se dice y se ve, sin que aquí tenga mi voz que contar; pues aunque quiera, no te puedo decir más de lo que tú viendo estás.

CALABAZAS: Ella es gentil embustera.

LISARDO: En cuanto a que estoy pensando qué es lo que me ha sucedido, es verdad, y estoy corrido de estar creyendo y dudando, qué mujer es ésta; pues cuando yo ser presumía dama de Flix, vivía sin discurrir; mas después que estando conmigo ella, de Félix la dama entró, y que me desengañó de que era otra dama aquélla, mayor deseo me ha dado de saber quién es; pues puedo perder a su honor el miedo, que por Félix le he guardado.

CALABAZAS: Yo bien pudiera decir quién es.

LISARDO: ¿Eg?

CALABAZAS: Yo.

LISARDO: Dilo, pues.

CALABAZAS: ¡Vive Dios, que sé quién es!

LISARDO: Pues no me hagas discurrir.

CALABAZAS: ¿Ella no es enredadora? Quién es sé. ¿No es embustera? Quién es sé. ¿No es bachillera? Quién es sé. ¿No es habladora? La misma razón lo enseña quién es, sí, jurado a Dios.

LISARDO: Dilo.

CALABAZAS: Aquí para los dos...

LISARDO: Prosigue.

CALABAZAS: Es alguna dueña.

LISARDO: ¡Oué! disparate!

ESCENA V

SILVIA, DICHO; POCO DESPUÉS; DON FELIX

SILVIA: Lisardo, que aquí me escuchéis os pido.

CALABAZAS: Mujer! ¿De dónde has caído?

LISARDO: Ya lo que quieres aguardo.

SILVIA: Una dama, de quien vos la casa, señor, sabéis, que a su ventana llaméis esta noche os pide. Adiós.

(VASE.)

CALABAZAS: Tapada de las tapadas, oye.

LISARDO: Tente; ¿dónde vas?

CALABAZAS: Deja, que no quiero más dé darle dos bofetadas, que las lleve a su señora....

LISARDO: ¿Hay quien tus locuras crea?

CALABAZAS: Porque otra vez no me sea dueña enjerta.

LISARDO: Escucha agora: pues que ya la noche fría, en mal distinto arrebol, da priesa diciendo al Sol que se vaya con el día, y a mí esperándome están, dame un broquel, y tú aquí me espera.

CALABAZAS: ¿Yo esperar?

LISARDO Sí.

CALABAZAS: Espere un judío de Orán; que a casa, donde encerrado estuviste, y aun corrido, y hay padre de conocido y galán de imaginado, no has de ir solo.

LISARDO: Sí he de ir.

(SALE DON FELIX)

DON FELIX: ¿Dónde Lisardo?

LISARDO: No sé cómo callaros podré, ni cómo os podré decir lo que en Ocaña me pasa. ¿Tenéis que hacer ahora?

DON FELIX: ¿Yo? Ni en toda esta noche.

LISARDO ¿No?

DON FELIX: No, que el fuego que me abraza, por acrecentar su ardor, treguas por ahora ha dado.

LISARDO: Pues yo quiero mi cuidado fiaros ya sin temor; que si hasta aquí he suspendido la relación que empecé respeto que os tuve fue; pero habiendo ya sabido que nada os puede tocar, y sois quien sois en efeto, de mi amor todo el secreto hoy os tengo de fiar. Venid conmigo, y sabréis, por que el tiempo no perdamos, extraños sucesos.

DON FELIX: Vamos; que mucha merced me haréis en divertir el dolor, de que mi pecho está lleno; porque de amor el veneno cure triaca de amor.

CALABAZAS: Yo ¿qué he de hacer?

LISARDO: Esperar aquí en casa a que venamos.

(VANSE DON FELIX Y LISARDO.)

ESCENA VI

CALABAZAS

¡Bueno, paciencia, quedamos, sin ver ni oír, a callar! Cuando no tiene el servir otro gusto, otro placer, que escuchar para saber, y saber para decir, aun deste gusto me priva el recatarse de mí. Pues no ha de pasar así; así Calabazas viva, que por aquel mismo caso que aquí de mí se guardó, tengo de seguirle yo. Tras ellos, paso entre paso, tengo de irme rebozado; porque si yo, cual sospecho, no le murmuro y acecho, ¿para qué soy su criado?

ESCENA VII

CAMINO DE OCAÑA

FABIO, LELIO

LELIO: Aliéntate, que ya estás cerca de Ocaña, señor.

FABIO: Es tan notable el dolor. Lelio, que no puedo más; que aunque yo, por descansar, de la yegua me apeé, y quise venir a pie este rato, por dejar, con ejercicio vencido el dolor de la caída, te confieso que en mi vida no me he visto tan rendido.

LELIO: Ello fue dicha, señor; pues apenas una legua andaba, cayó la yegua, porque pudieras mejor volverte a tu casa, donde con más cuidado podrás curarte.

FABIO: A esta pierna más todo el dolor corresponde, que fue la que me cogió debajo.

LELIO: Súbete, pues irás antes.

FABIO: Mejor es andar otro poco, y no dejar, Lelio, resfriar la caída.

LELIO: Dices bien; mas considero también que ya ha empezado a cerrar la noche, y que lo que andado en tal parte se mejora se llega más a deshora a tu casa, y quizá, cuando ya recogida, no habrá modo de curarte.

FABIO: Bien dices: la yegua prevén que atada a este tronco está, y vamos si esto restaura mi salud; aunque yo creo que ir a casa no seseo, por no dar cuidado a Laura, que me quiere de manera, que temo que hoy ha de ser su fin, si me ve volver con una pena tan fiera.

LELIO: Como hija, claro está que lo sienta mi señora.

FABIO: Pondré que aquesta es la hora que está recogida ya.
 LELIO: ¿Quién lo duda?
 FABIO: ¡Oh cuánto siento haberla de despertar! Mas no lo puedo excusar. Lo que haré será, que atento a su quietud, llamaré por la puerta principal; pues con prevención igual podrá ser, pues que se ve de su cuarto más distante, no firme.

LELIO: Dispón agora tu salud, que mi señora lo estimará.

FABIO: No te espante verme con tanta fineza; que soy en mi senectud, amante de su virtud, como otros de su belleza.

(VANSE.)

ESCFENA VIII

CALLE PROXIMA A LA CASA DE FABIO

LISARDO, DON FELIX; después, CALABAZAS

DON FELIX: Mucho me he holgado de liros, por ser la novela extraña.

LISARDO: Esto es por mayor; que dejo de contar mil circunstancias, por no cansaros, don Félix; y pues sabéis que me aguarda, idos con Dios, que ya es la hora.

DON FELIX: Decirme a mí que una dama vais a ver, y haberme dicho que tuvisteis en su casa riesgo, y decir que quede, son dos cosas muy contrarias; pues no soy de los amigos yo, con quien sólo se hablan las cosas; que precio más las obras que las palabras. Id a lograr vuestro amor norabuena, que hasta el alba yo sabré estar en la calle.

LISARDO: A amistad, don Félix, tanta, mal hiciera en resistirme.
 (SALE CALABAZAS ACECHANDO.)

CALABAZAS: (AF.) Si cual veo lo que andan, lo que hablan viera, yo viera lo que andan y lo que hablan. Llegarme quiero.

LISARDO: ¿Qué es esto?

DON FELIX: Un hombre, si no me engaña la vista, que tras nosotros viene.

LISARDO: Pues sacad la espada.

DON FELIX: ¿Quién va?

CALABAZAS: Nadie ya; porque no diz que va el que se para.

DON FELIX: ¿Quién sois?

CALABAZAS: Un hombre de bien.

LISARDO: Pues paso, que me hago hombre.

DON FELIX: Pues jugaré yo de espadas.

LISARDO: Dadle la muerte.

CALABAZAS: ¡Detente! ¡Ay, ay! Señor, que me matas; que soy Calabazas.

DON FELIX: ¿quién?

CALABAZAS: Calabazas.

LISARDO: Calabazas, ¿qué es esto?

CALABAZAS: Es venir a ver dónde vais.
(DÁNLE LOS DOS.)

DON FELIX: ¡Por Dios!

CALABAZAS: Ya basta.

LISARDO: Dejadle; no alborotéis, porque está cerca la casa que buscamos.

DON FELIX: ¿Hacia aquí vive, Lisardo, la dama que venís a ver?

LISARDO: Sí, Félix.

DON FELIX: ¿Y es bizarra?

LISARDO: Muy bizarra.

DON FELIX: ¿Tiene padre?

LISARDO: Sí.

DON FELIX: ¿Y aquí os cerrasteis en la cuadra?

LISARDO: Sí.

DON FELIX: ¿Y estando ella con vos, entró la que me buscaba?

LISARDO: Sí.

DON FELIX: Ved que como la noche llena está de sombras pardas más oscura que otras veces, pues aún la Luna le falta, podrá ser que os engañéis.

LISARDO: No me engaño! A esta ventana he de llamar, y esta puerta han de abrir.

CALABAZAS: (AP.) Ya sé la casa.

DON FELIX: (AP.) ¿Esta ventana? ¿Esta puerta? ¡Ay de mí, el cielo me valga, que éstas las la Laura son, para mí dos veces falsas!

LISARDO: Retiraos, porque yo la seña, que es ésta, haga.
(HACE LA SEÑA A LA REJA.)

DON FELIX: Si mal no me acuerdo (¡ay triste!) en la relación pasada dijisteis que la mujer, que para hablaros aguarda, es la que hoy escondida dentro de mi cuarto estaba.

LISARDO: Es verdad.

DON FELIX: Y que la otra que vino.

ESCENA IX

CELIA, DICHOS

CELIA: (EN LA VENTANA.)
Ce.

LISARDO: Ya me llaman.

CELIA: ¿Es Lisardo?

LISARDO: Sí, yo soy.

DON FELIX: (AF.) Celia es ésta.

CELIA: Pues aguarda, abriré la puerta.

LISARDO: Ya conmigo habló la criada, y dice que viene a abrirme la puerta.

DON FELIX: Antes que la abra, decid... (ABRE LA PUERTA CELIA.)

LISARDO: No puede ser antes.

DON FELIX: Si es...

LISARDO: Adiós, porque me aguarda.

DON FELIX: La dama...

CELIA: Entrad presto.

LISARDO: Luego hablaremos

(ENTRASE.)
(AL ENTRAR LISARDO, QUIERE ENTRAR DON FELIX, Y CELIA
CIERRA LA PUERTA.)

ESCENA X

DON FELIX, CALABAZAS

DON FELIX: ¡Y en la cara con la puerta me dio Celia!

CALABAZAS: Con cerradura no agravia una puerta, aunque es de palo; que el tener hierro la salva.

DON FELIX: (AF.)
¿Qué es lo que pasa por mí? ¿Quién vio confusiones tantas? ¿En casa de Laura, ¡cielos! viene buscando la dama que hoy de mi cuarto salió, cuando entró en mi cuarto Laura? Luego ella no puede ser. Mas ¿quién ser puede en su casa? ¡Oh, quién no la hubiera dicho a Marcela que dejara para mañana el venir aquí; que ella lo apurara! Pero mientras más discurro, más lugar doy a mi infamia, pues no discurramos, celos, sino a ver la verdad clara caminemos más aprisa; pues ella es Laura, o no es Laura: si no es ella, ¿Qué se pierde en desengañar mis ansias? ¿Y qué se pierde, si es ella, en perder la vida y alma, después de Laura perdida? La puerta en el suelo caiga. Pero ¿cómo a esto me atrevo, si a Lisardo la palabra le he dado? ¿Pero qué importa la amistad, la confianza, el respeto, ni el decoro? Que donde hay celos, se acaba todo, porque no hay honor ni amistad que tanto valga.

(DA GOLPES A LA PUERTA, PARA DERRIBARLA, Y AL MISMO TIEMPO MAS LEJOS, DAN TAMBIEN GOLPES DENTRO.)

CALABAZAS: ¿Qué haces, señor?

DON FELIX: Darte muerte...

CALABAZAS: Si es posible, no lo hagás.

DON FELIX: Mas ¿qué golpes son aquellos?

CALABAZAS: ¿De qué te admirás y espantas? Otro será en otra parte que le habrá dado otra rabia, y da golpes a otra puerta.

FABIO: (DENTRO)
Abre aquí, Celia; abre, Laura.

CELIA (DENTRO) Mi señor es, ¡ay de mí!

DON FELIX: Fabio es aquél. (CUCHILLADAS ADENTRO.)

FABIO: (DENTRO.) ¡Esta infamia llevo a ver!

CALABAZAS: Por Dios, que allá ya han llegado a las espadas.

DON FELIX: ¡Mal haya la puerta!

CALABAZAS: Amén.

(VANSE.)

ESCENA XI

SALA EN CASA DE FABIO. LA ESCENA ESTA A OSCURAS

LISARDO, CON MARCELA EN LOS BRAZOS; DESPUES, FELIX Y CALABAZAS

LISARDO: No temáis, señora, nada: que, aunque llaman a esta puerta, seguro es quien a ella llama.

MARCELA: Con vos, Lisardo, he de ir; que como yo a vuestra casa llegue, nada hay que temer, si es que ella una vez me ampara.

LISARDO: Venid, y no os receléis de un hombre que me acompaña.

MARCELA: ¿Es Félix?

LISARDO: Sí.

MARCELA: Pues mirad que es Félix....

LISARDO: ¿En qué reparas? Ya no es tiempo de recatos.
(SALEN DON FELIX Y CALABAZAS.)
¿Félix?

DON FELIX: ¿Quién va?

LISARDO: Mis desgracias.

DON FELIX: ¿Qué ha sido aquesto?

LISARDO: Que estando hablando con esta dama, vino su padre de fuera, llamó, y viendo que tardaban en abrirle, derribó la puerta y sacó la espada. Porque se apagó la luz tuve lugar de librarla. Llévala; que yo me quedo a guardaros las espaldas, para que ninguno os siga; que conmigo Calabazas quedará.

CALABAZAS: No quedará.

DON FELIX: Mejor es con ella vaya, y nos quedemos los dos.

- LISARDO: ¿Tan sola hemos de dejarla? No es razón; pues la primera obligación es la dama en todo trance; así, Félix, vos solo habéis de llevarla y ponerla en salvo.
- DON FELIX: Es justo. ¿En fin, has venido, Laura,
(A MARCELA.)
a mi poder?
- MARCELA: (AP.) ¡Ay de mí!
- DON FELIX: (AP.) Yo estoy muerto.
- MARCELA: (AP.) Estoy turbada.
- DON FELIX: Ven conmigo; que aunque no mereces finezas tantas, soy quien soy, y he de librarte.
- MARCELA: ¡Hay mujer más desdichada!
- DON FELIX: ¡Hay hombre más infelice!
- (VANSE DON FELIX Y MARCELA.)

ESCENA XII

FABIO, LELIO, CON LUZ, Y CRIADOS CON LAS ESPADAS
DESCNUDAS: LISARDO, CALABAZAS

- FABIO: Aunque las fuerzas me faltan no las fuerzas del honor para tomar mil venganzas.
- LISARDO: Deteneos, que ninguno de aquí ha de pasar.
- FABIO: Mi espada hará paso por el pecho vuestro.
(RINEN TODOS.)
- CALABAZAS: ¡Infeliz Calabazas! ¿Quién te metió en acechar?
- LISARDO: (AP.) Pues que ya Félix se alarga, antes que aquí me conozcan mejor es volver la espalda; esto es valor, no temor. (VASE.)
- FABIO: Espera, cobarde, aguarda.
- CALABAZAS: (AP.) ¿Quién creyera que Lisardo en la ocasión me dejara?
- LELIO: Aquí se quedó uno dellos.
- FABIO: Pues muera, Lelio. ¿Qué aguardas?
- CALABAZAS: Deteneos, ¡por Dios!
- FABIO: ¿Quién sois?
- CALABAZAS: Si es que el miedo no me engaña, un curioso impertinente.
- FABIO: Dejad la espada.
- CALABAZAS: La espada es poca cosa; el sombrero- la daga, el broquel, la capa, la ropilla y los calzones.
- FABIO: ¿Sois criado del que agravia esta casa?

CALABAZAS: Sí, señor; porque es un agraviacasas, que no se puede sufrir.

FABIO: ¿Quién es, y cómo se llama?

CALABAZAS: Lisardo se llama, y es un soldado, camarada de Félix.

FABIO: Porque no empiece por la menor mi venganza, no te doy muerte.

CALABAZAS: Haces bien.

FABIO: Y pues alguna luz hallan mis desdichas, a buscar iré a Félix. ¡Oh, mal haya casa con dos puertas, pues tan mal el honor se guarda!

(VANSE.)

ESCENA XIII

CASA DE DON FELIX

DON FELIX Y MARCELA, A OSCURAS: DESPUES, HERRERA,
LAURA Y SILVIA

DON FELIX: (DENTRO.)
¡Pola! Traed aquí una luz.

HERRERA: (DENTRO)
Ya la llevo, si es que hallan luz unos ojos dormidos.
(SALEN AL PASO LAURA Y SILVIA.)

LAURA: (A SILVIA.)
Ya dentro del cuarto andan: escuchemos desde aquí.

DON FELIX: Ya por lo menos, ingrata, ya por lo menos no puedes negarme...

LAURA: (AP.) Con mujer habla.

DON FELIX: En este lance, que eres mudable, inconstante, falsa, cruel, aleve, engañosa; pues a nadie desengañan más cara a cara sus celos.

MARCELA: (AP.) Aquí mi vida se acaba.

DON FELIX: ¿Para esto viniste hoy a mi casa?

LAURA: (AP.) La que estaba tapada hoy es, pues la dice que hoy ha venido a su casa.

DON FELIX: En mi poder estás, mira si habrá disculpa.
¡Mal haya cuanto tiempo te he querido, cuantas penas cuantas ansias padecí, y cuantas finezas hizo mi amor por tu causa!

LAURA: ¿No escuchas cómo confiesa que la ha querido?
¿Qué aguarda mi paciencia?

SILVIA: ¿Dónde vas?

LAURA: No se. (¡Ay, Silvia, estoy turbada!)
A escucharle de más cerca.

DON FELIX: ¡Oh, cuánto con la luz tardas!

- HERRERA: (DENTRO)
Ya va la luz.
- MARCELA: (AP.) Que he de hacer, si la trae?
- DON FELIX: ¿No dices nada? Pero si estás convencida. ¿Qué has de decir?
- (SUELTA LA MANO, VASE RETIRANDO MARCELA: Y LAURA VIENE A PONERSE EN MEDIO DE LOS DOS: EL LA COGE LA MANO, ENTENDIENDO QUE ES MARCELA.)
- MARCELA: ¡Oh si hallara por donde irme; que a lo menos la vida así asegurara!
- DON FELIX: Detente, no huyas, no huyas; que no quiero más venganza de tí, que sepas que sé esto.
- LAURA: (AP.) Por otra me habla, y he de callar mis agravios hasta que las luces traigan, y vea que yo soy con quien está.
- MARCELA: (AP.) Confusa y turbada, la puerta hallé de mi cuarto; este sagrado me valga, pues fue dicha estar abierta.
- SILVIA: ¿Eres Laura?
- MARCELA: No soy Laura. ¿Eres tú Silvia?
- SILVIA: Yo soy. ¿Qué es esto?
- MARCELA: Fortunas varias, cierra esa puerta, y conmigo ven, Silvia, aprisa. ¿Qué aguardas?

(VANSE, GERRANDO TRAS SI LA PUERTA.)

ESCENA XIV

DON FELIX, LAURA: HERRERA, QUE SACA LUZ.

- HERRERA: Ya están las luces- aquí.
- DON FELIX: Déjalas, y afuera aguarda.
- (VASE HERRERA, Y CIERRA LA PUERTA DON FELIX.)
- LAURA: (AP.) ¡Aquí es ello, cuando vuelva a verme!
- DON FELIX: En efecto, Laura, so soy quien solo guardó a sus celos las espaldas.
- LAURA: (AP.) ¿Qué es esto? ¿Cómo de verme ni se turba ni embaraza?
- DON FELIX: Sólo yo en el mundo traje para otro galán su dama. Di agora que yo te ofendo.
- LAURA: ¡No está la deshecha mala! ¡Bien te alientas a fingir la razón con que me agravias; pues viéndote convencido, cuando en tus brazos me hallas, de haberme hablado por otra a quien traes a tu casa, prosigues las quejas delláa conmigo.

- DON FELIX: Sólo eso falta a mi paciencia ofendida, que tú ahora creer me hagas que hablaba con otra yo.
- LAURA: ¿Pues de qué, Félix, te espantas, si es verdad?
- DON FELIX: ¿Pues dónde está la mujer con quien yo hablaba?
- LAURA: Si una casa con dos puertas mala es de guardar, repara que peor de guardar será con dos puertas una sala. Ya se fue!
- DON FELIX: Laura, por Dios, que me dejes. Vete, Laura, que me harás perder el juicio, si quieres que yo no haya tráidote aquí, porque estando (la voz me falta) tu padre fuera, Lizardo... No puedo hablar.
- LAURA: Tú te engañas; que yo escondida esta noche en el cuarto de tu hermana he estado, por sólo ver esto que a los dos nos pasa. Y ella...
- DON FELIX: Detente, que ahora lo veré. -Marcela, ¡hermana!

ESCENA XV

MARCELA, SILVIA: DON FELIX, LAURA

- Marcela; ¿Qué quieres? (Ap. Disimular importa, pues informada estoy de todo.)
- DON FELIX: Di, ¿ha estado contigo esta noche Laura?
- MARCELA: ¿Laura conmigo, señor a qué efecto? Yo mañana había de ir a estar con ella; pero ¡ella conmigo!
- LAURA: Aguarda. ¿No vine esta tarde yo a pedirte que en tu casa me tuvieras? ¿Y a la mía tú...?
- MARCELA: No prosigas, que nada de eso es verdad.
- DON FELIX: Laura; ¿ves qué mal te salió la traza? ¿Estase esotra en su cuarto recogida y retirada, y dices que estás con ella?
- LAURA: Pues tú, Marcela, Me agravias.
- MARCELA: (AP. A LAURA.)
Sí, que soy primero yo.
- LAURA: Pues tanto me apuras, salgan verdades a luz.
Marcela ha sido....
(LLAMAN DENTRO.)
- SILVIA: A la puerta llaman.
- LISARDO: (DENTRO.)
Abrid, don Félix.
- DON FELIX: Ahora verás que todo se acaba; pues tu galán, Laura, viene.
- LAURA: Ahí tengo yo mi esperanza.
- MARCELA: (AP.) Aquí se deshace todo. ¡Quién a Lizardo avisara de mi peligro!
(RETIRASE A UN LADO.)

ESCEÑA XVI

LISARDO; DICHOS

- LISARDO: Don Félix, porque ninguno llegara a seguirme, tardé. ¿Dónde habéis puesto aquella dama?
- DON FELIX: Veisla aquí; pero primero que acabe con mi esperanza, el verla en vuestro poder, me habéis de sacar el alma.
- LISARDO: Hasta agora no creí que caballeros, engañan, de vuestras obligaciones, a los que dellos se amparan. La dama que os entregué. os pido.
- DON FELIX: ¿No es esta dama la que me entregasteis?
- LISARDO: No.
- DON FELIX: ¡Sólo aquesto me faltaba para acabar de perder la paciencia!
- MARCELA: (AP.) ¡Ay desdichada!
- LISARDO: Si ésta suponéis, don Félix, porque os obliga a otra causa, hablad más claro conmigo.
- LAURA: Yo de confusiones tantas os sacaré. - Di, Lisardo, ¿es a ésta a quien buscas y amas?
- LISARDO: Esta es. Sí, aquí la tenéis. ¿Qué os ha obligado a ocultarla?
- LAURA: (A DON FELIX.) ¡Mira si estaba en su cuarto, recogida y retirada! Primero soy yo, Marcela.
- (AP. A ELLAS)
- DON FELIX: Corrido estoy; estad daga dé a una vil hermana muerte.
- MARCELA: Lisardo, mi vida ampara.
- LISARDO: (PONIENDOSE DELANTE.) ¿Hermana de Félix, sois?
- DON FELIX: Y en quién tomare venganza.
- LISARDO: Sabéis quién soy, y es preciso defenderla y ampararla por mujer.
- DON FELIX: También sabéis quién yo soy, y que en mi casa menos de quien sea su esposo, no ha de atreverse a mirarla.
- LISARDO: Luego con serlo quedamos bien los dos.

ESCENA XVII

FABIO; CALABAZAS, CRIADOS: DICHOS

- FABIO: Esta es la casa, entrad.
- DON FELIX: ¿Qué es esto?
- FABIO: Esto, Felix, es honor.
- CALABAZAS: (AP.) ¡Qué linda danza se va urdiendo!
- FABIO: ¿Dónde está un Lisardo, camarada vuestro?
- LISARDO: Yo soy; porque nunca a nadie escondí la cara.
- CALABAZAS: (AP.)
Nunca la cara escondió, pero volvió las espaldas.
- FABIO: ¡Oh, traidor!
- DON FELIX: Fabio, teneos;
(PÓNFENSE LOS DOS A UN LADO.)
que la cólera os engaña. El enojo que traéis,
si ha sido la ocasión Laura, es conmigo, y me
ha tocado como a mi esposa guardarla.
- FABIO: No tengo qué responderos, si Laura con vos se casa.
- DON FELIX: Pues para que veáis si es cierto, aquesta es mi
mano, Laura. Y pues el haber tenido dos puertas
ésta y tu casa, causa fue de los engaños que a mí
y Lisardo nos pasan, de la CASA CON DOS PUERTAS,
aquí la comedia acaba.

FIN

5 de mayo de 1980

brr

Departamento de Drama

Seminaro Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PP